

PARTEIX



NATALIE CONVERS
MARIPOSAS
EN TU
ESTÓMAGO

Click
EDICIONES

Índice

Portada

Dedicatoria

Cita

Parte IX

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51

Marmosete

Biografía

Créditos

*A mis dos crisálidas Aída y Marta,
a mi madre, la mariposa reina,
y a ti, lector que me lees,
porque esta historia ha sido posible.*



Si no escalas la montaña,
jamás podrás disfrutar el paisaje.

PABLO NERUDA

Parte IX



Capítulo 34

ALEX



Voy a joderlo todo y, aun así, decido seguir adelante...

Acabo de despedir con un par de billetes de los grandes al tipo delgaducho con gafas que ha traído la ropa de cambio de Beca. Cierro la puerta con suavidad y me guardo despreocupadamente la cartera, mucho más vacía, en uno de los bolsillos

traseros del pantalón.

Abstraído, echo un vistazo alrededor a medida que me dirijo de nuevo a la cama cargado con todo. La última vez que estuve aquí, las paredes eran de un blanco brillante, pero ahora son de un gris opaco. No obstante, la habitación del hotel sigue conservando toda esa clase de detalles escrupulosamente ubicados, que te hacen pensar que en cualquier momento saldrá un solícito *Sebastian Michaelis* detrás de ti, para atender todas tus necesidades.

No se oyen ruidos del exterior, y todo parece limpio y tranquilo, justo lo que precisamos en estos momentos.

Gruño satisfecho. Beca sigue sentada sobre el negro edredón nórdico, en el que la he dejado hace tan solo unos minutos.

—Pedí que te lo trajeran. Mañana te hará falta si quieres ir a buscar a tus hermanos —explico después de dejar toda la ropa a su lado en la cama.

Ella asiente de manera casi imperceptible.

La estudio con curiosidad unos instantes.

La enorme toalla de baño la envuelve como una crisálida blanca. El cabello, todavía húmedo, se le ha rizado en ondas oscuras por encima de las orejas y por el cuello al igual que una planta enredadera en primavera. Ignoro mi pulso acelerado, y lo preciosa que está incluso con aquella expresión de honda tristeza.

—Hay algo más... —continúo despacio con la voz ligeramente ronca. Hurgo en el bolsillo trasero de mi pantalón y extendiendo la carta que yo mismo tomé de su casa anoche, cuando ella fue a recibir a Marta y yo me entretuve en poner un poco de orden en el salón.

Los ojos de Beca se agrandan y lanzan destellos de curiosidad recuperando parte de su brillo habitual, pero no hace ningún movimiento por tomarla.

Implacable, empujo la carta en su dirección

por segunda vez, contra sus manos menudas hasta que la acepta.

Antes de abrirla, Beca analiza el sobre de forma minuciosa y el semblante se le ensombrece. Mientras la observo, el corazón me oprime en el pecho y las entrañas se me enroscan hasta formar una montaña rusa, pero no permito que ningún sentimiento se refleje en mi cara.

Contemplo cómo sus dedos largos y delgados acarician la solapa con las yemas, y me parece distinguir un leve temblor de emoción en ellos previo a extraer el documento que hay dentro.

Poco a poco, la inquietud y el dolor se apodera de su rostro mientras lee cada vez más rápido. Surcos de piel se le dibujan sobre la frente y las comisuras de la boca tensa, y el oro fundido que corea sus pupilas se intensifica, más dorado en el derecho bajo la luz led de la habitación. Beca retuerce los bordes de los papeles entre los dedos. Parpadea lento varias veces.

De repente, suelta los documentos como si no pudiera tenerlos cerca de ella, pero no aparta la mirada de ellos hasta que la última hoja ha tocado el suelo. Entonces, alza la cabeza.

—¿Desde cuándo sabías esto, Alex? —Los ojos de Beca se hunden en los míos, peligrosos como un alambre con púas oxidado. Su voz tiembla apasionada—. ¿Desde cuándo sabías cómo se encontraba mi madre? ¿Desde ayer?

La verdad sale con sorprendente facilidad de mi boca.

—Fue en el hospital, el día que te entregué el ramo de flores. Unos minutos antes oí a tu padre y a tu madre hablar. Ellos no me vieron —explico cauteloso, y no dejo de mirarla muy fijo.

Beca se levanta de la cama casi antes de que haya terminado de hablar. La toalla se desliza con el silbido de una serpiente por sus hombros. Unos pechos no demasiado grandes con las puntas erectas acaparan mi visión, pero a ella no parece

importarle en absoluto la desnudez, solo a su cuerpo, cuya piel se estremece sin la calidez del algodón.

El gesto de la mandíbula se me endurece, y me maldigo a mí mismo por la hecatombe de emociones lujuriosas que brota al instante alrededor de mi mente.

Noto cómo el deseo me pulsa frenético en el abdomen, y después unos centímetros por debajo de la cintura del pantalón, en mi entrepierna. No me hace falta echar un vistazo para saber que estoy más apretado que Kardashian en sus vaqueros de diseñador. Duro como una roca.

¡Oh, joder! ¡Mierda!

Agunto el aire en los pulmones, porque me siento igual que si acabaran de hundirme la cabeza a varios metros de profundidad bajo el mar.

Hoy ha sido un día difícil para ambos y preferiría lidiar todas nuestras preocupaciones entre las sábanas, donde realmente soy bueno.

Cuando vuelvo a alzar la cabeza después de serenarme, me doy cuenta de que Beca ya está terminando de abrocharse el sujetador, uno blanco y simple. El blanco es uno de mis colores favoritos.

Me obligo a apartar la mirada con gran esfuerzo de «la tentación de Adán», o al menos procuro no fijarme mucho en sus tetas antes de hablar.

—Rebeca, ¿qué es lo que estás haciendo? —pregunto en un tono que podría interpretarse como furibundo de lo preocupado que estoy.

Ella no responde todavía; en cambio, se agacha para colocar las sandalias de esparto que estaban en una de las bolsas dentro de una caja de cartón junto a sus pies.

Frunzo el ceño aún más y encojo los dedos de la mano derecha un par de veces. Los nudillos que me dejé hace un rato durante la pelea con Carlos me palpitan, y el intenso dolor me despeja la

mente.

—Me voy a casa —anuncia Rebeca al mismo tiempo que se recoloca el vestido de color azul sobre la cintura.

Todas las alarmas se encienden en mi cabeza indicando problemas como en una versión adulterada de *Inside Out*, y pienso demasiado tarde que ha sido un error conseguir ropa nueva para ella. Atarla a la cama hubiera sido una mejor opción.

Inflexible, doy un paso hacia delante, de modo que mi pecho le bloquee la salida.

Sé que está muy asustada, que no debo presionarla y que necesita su espacio para entender todo esto, pero mi cabeza se llena de una buena lista de razones sobrecogedoras por las cuales una chica de dieciocho años no debería andar por ahí sola de noche. Ni siquiera tiene dinero o un móvil para el peor de los casos. Maldita sea... Para colmo de mi paciencia, ese

vestido azul se le amolda como una segunda piel a las caderas, tan pegado al cuerpo que puedo ver a través de él con un solo vistazo.

Se me reseca la garganta. Mierda... Está demasiado irresistible.

—No puedes irte ahora, Beca. No es seguro — trato de razonar en un tono firme pero suave.

Demasiado tarde me doy cuenta de que he sonado igual de estoico que el puto amo de Robert Redford en *El hombre que susurraba a los caballos*.

Rebeca encaja los pies en las sandalias a pesar de mi advertencia e intenta rebasarme.

Me trago una ruda exclamación y, de inmediato, estiro una mano para tomar a Beca del brazo. Al instante, recibo un fuerte empujón que me envía hacia un lado, pero es en realidad la sorpresa la que hace que mis dedos la suelten y que mis pies reculen sobre la oscura moqueta desgastada.

Alzo la barbilla y la observo con una expresión de confusión.

Noto que Beca se queda repentinamente quieta, como si tampoco ella diera crédito a lo que acaba de suceder, pero sacude la cabeza y se recupera pronto.

—No vuelvas a tocarme, Alex —me advierte, y no estoy seguro de si lo dice por su seguridad o más bien por la mía.

Impotente, mis pupilas vagan hasta su bello rostro desprovisto de cualquier tipo de maquillaje, y sigo la arruga de tensión que se ha formado entre sus dos cejas oscuras.

—Rebeca... —lo intento de nuevo.

—Estoy harta, Alex. —Su boca vuelve a abrirse y solo puedo contemplarla con la mandíbula apretada mientras pronuncia cada palabra—. Harta de todo y ya no puedo respirar, no puedo pensar, yo...

Veo que intenta coger aire, pero no parece

conseguirlo, y tiembla toda entera, como un puto volcán que está a punto de entrar en erupción.

Su nombre acaricia mi lengua, pero no llego a articularlo. En su lugar, barro la distancia entre los dos con la intención de sostenerla contra mí. No obstante, me detengo de forma abrupta antes de llegar a tocarla.

Dejo caer el brazo sobre el costado derecho.

Los dedos se me quedan inertes, fríos como malditos témpanos de hielo. Beca me mira con la furia dentro de ella revoloteando como sueños rotos. Tiene los ojos grandes, tristes e inciertos. Está perdida en sí misma y joder..., no sé qué hacer. Intuyo que lo último que desea es oír una solución sencilla y clara.

—Ni siquiera me sigas —ordena Beca. Cierra los párpados un instante—. Necesito tiempo —añade, y percibo con gran alivio una nota de vacilación en su voz.

Tal vez aún pueda encontrar el modo de

arreglar esto.

—Al menos deja que te acerque a tu casa — digo y me dirijo hacia el baño para recoger el resto de mi ropa.

—¡No! —La negativa de Beca suena tan fuerte que vuelvo a quedarme muy quieto—. No puedo fiarme de que me llevarás a donde yo quiero en estos momentos.

Touché.

En lugar de enfadarme por la acusación, me descubro conteniendo una sonrisa sesgada con cierta admiración porque ella haya podido usar mis propias acciones contra mí. Parece conocerme bastante bien.

—Beca... —la llamo en un tono conciliador.

Ella no mira hacia atrás y no llego a saber siquiera si me ha escuchado, porque en ese mismo instante cierra de un golpe atronador la puerta de la habitación.

El portazo se triplica en mi cabeza y retumba

feroz en mi propio pecho. Tardo varios segundos en asimilarlo; cuando lo hago, la frustración me irrita, y mi humor se estropea del todo.

—No voy a ir detrás de ti —gruño y después alzo la voz todavía más alto para que me oiga—. Esta vez no voy a ir detrás de ti. ¿Me oyes, Beca?

Para reafirmar mis palabras, me dejo caer de forma brusca sobre el colchón, pero al momento siguiente vuelvo a levantarme de un salto. Pateo los papeles caídos en el suelo con rabia, porque ellos tienen la culpa de todo. O quizá no, tal vez yo he tenido también parte de ella.

Un tic nervioso se apodera de mi mejilla derecha, en dirección a la puerta.

Levanto de refilón la vista hacia la salida, pero al instante vuelvo a girarme. Mucho más despacio repito el movimiento, pero en esta ocasión soy incapaz de apartar la mirada del lugar por donde se ha marchado Beca hace tan solo un momento.

La imagen de desesperación de Rebeca que vi

en el asiento del copiloto del Aston Martin hace unas horas me viene a la cabeza, y ya no puedo pensar en nada más que no sea en sus lágrimas humedeciéndole las mejillas de nuevo.

Un ramalazo de responsabilidad me inunda el pecho.

Tomo una honda calada de aire.

—Estás loco... demasiado loco por ella — juro para mí mismo un instante antes de empezar a recoger a toda velocidad todas nuestras pertenencias.

No obstante, el chillido de una mujer que traspasa las paredes de la habitación hace que me detenga de inmediato.

Un helado escalofrío me baja por la espalda.

El corazón se me encoje y comienza a latirme con fuerza contra las costillas, casi con la misma potencia de una ametralladora.

—¡Oh, mierda! Beca... —mascullo entre dientes al mismo tiempo que dejo caer todas las

prendas al suelo enmoquetado, y salgo disparado tan solo con los pantalones puestos hacia la salida.

Una horrible sensación me martillea en las sienes, y no tardo en comprobar por qué.

Un tipo enorme y feo, que parece estar cerca de salirse de las costuras de su propio viejo traje de color negro, lucha por mantener agarrada a Rebeca contra él en el pasillo. La cual se encoge sobre el estómago y sobre el brazo derecho del hombre de una manera extraña y alarmante. La mata castaña de pelo le cae de forma desordenada sobre la cara por la fuerza de la gravedad, y me es imposible saber si le ha golpeado en la cara.

La sangre me bombea con fuerza en los oídos, el corazón me late a cien y la adrenalina me recorre todo el cuerpo de solo pensar en lo que ya ha llegado a hacerle. Aprieto los puños con fuerza y olvido que ya los tengo en carne viva.

—Beca —rujo.

El secuestrador alza la vista con sorpresa

hacia mí. Tiene el cuello grueso, la musculatura preocupante de un gorila macho, y transmite ese aire prepotente de un jugador de rugby retirado. Con todo, nunca nada me ha importado menos.

Sin darle tiempo a reaccionar, salto hacia él.

Quiero destrozarlo entero hasta que solo queden sus pedazos. Los sentimientos de rabia, furia e ira pasan rápidamente por mis ojos como luces de feria y se concentran en mis puños, pero nunca llego a moverme más de unos pasos del sitio...

Un inmenso dolor entre las costillas me deja repentinamente sin aliento y después otro, tan o más rápido e inesperado que el primero, se extiende como una ola de calor por todo mi cráneo.

Parpadeo confuso con la vista borrosa y, un segundo después, las rodillas se me doblan. Mi cuerpo cede sin fuerzas, y lo último que veo, antes de golpearme la cara contra el frío suelo, son los

ojos entreabiertos de Beca entre sus cabellos castaños todavía húmedos, mirándome.

Extiendo los dedos. Las yemas me cosquillean como imanes que están muy próximos a algo que les es imposible de alcanzar, a pesar de lo cerca que está.

De pronto, la punta metálica de lo que intuyo que es un paraguas me aparta la mano hacia un lado, y un instante después mi visión se eclipsa por completo. El secuestrador no estaba solo.

Capítulo 35

ALEX



Cuando abro los ojos, lo único que percibo es cómo la carencia de luz se extiende en el infinito del mismo modo que un puto agujero negro en la galaxia. Cierro los párpados, escucho mi respiración profunda unos segundos, y los abro de nuevo. Nada.

Vuelvo a repetir el mismo proceso, esta vez

más rápido. Nada.

Me froto fuerte la cara: no veo nada.

Me tenso.

¡Dios!... ¿En qué tipo de cueva maldita estoy metido?

Comienzo a levantarme y, de pronto, un torbellino de imágenes descoloridas y desordenadas me sacude el cerebro. Caigo de espaldas y, al instante, empiezo a recordar todo lo que ha sucedido. Aquel hombre, el pasillo, Beca...

¡Oh..., mierda! Una desagradable idea se me pasa por la cabeza.

Con firmeza, bajo una mano hasta la entrepierna y suelto el aire que estaba conteniendo en cuanto compruebo que sigue ahí todo el equipo.

—Sigo siendo yo —digo en voz alta, solo para constatar ese hecho.

Por si acaso, me palpo el resto del cuerpo únicamente para asegurarme de que tengo todos los órganos en su sitio y de que no hay ninguna

extraña cicatriz reciente. Maldita sea..., por un inquietante momento me he imaginado despertando como Jean-Claude Van Damme con un riñón menos.

Flexiono las extremidades, y al instante estas me corresponden.

—¿Beca? —digo primero en un murmullo tenso y después mucho más alto. Nadie responde. Hago varias preguntas más con el mismo resultado.

El eco constante de mi propia voz empieza a producirme escalofríos, y me detengo. En su lugar, comienzo a deslizarme por el suelo con las manos por delante, y tanteo alrededor. La superficie es áspera y fría al tacto. Se siente como cemento seco bajo mis dedos, y al cabo de un rato, los pies descalzos me hierven del mismo modo que si estuviera prendiendo fuego con ellos contra la superficie que voy dejando atrás. Me estiro, y suelto un juramento tal que haría poner el pelo de

punta hasta al propio diablo en su infierno.

Empiezo a pensar que el golpe que me han dado aquellos cabrones me ha dejado ciego, cuando descubro una pequeña brecha de luz a lo lejos. La única esperanza en este pozo maldito sin fondo.

Me levanto bruscamente y echo a correr. No me detengo hasta que descubro el origen, solo a unos pocos metros.

La luz escapa de los laterales de un rectángulo vertical. Una extraña emoción de añoranza se me clava en el pecho. Doy unos pasos más y me acerco lo suficiente para que se me iluminen los dedos de los pies.

Expectante, me humedezco los labios reseco. Luego, extendiendo las manos con decisión y comienzo a palpar la superficie que tengo delante hasta que doy con una especie de picaporte. Lo tomo y empujo con fuerza.

La puerta se abre de golpe, y lo que encuentro

al otro lado me deja perplejo durante unos instantes...

Un niño con el pelo muy rubio casi blanco, que intuyo que debe de rondar los doce años, está sentado de espaldas sobre una silla de mimbre en el centro de una habitación infantil. Este mira atentamente el cuadro que descansa sobre un caballete de madera de haya que hay frente a él. Con sigilo, me muevo de posición para poder ver mejor el lienzo.

Abro mucho los ojos. La técnica es algo torpe, pero definitivamente es un retrato de mi madre. Joder... Es el cuadro que yo pinté para un concurso al que nunca llegué a presentarme. El lunar que hay en la mejilla derecha de mi madre, un error que cometí intencionadamente como una broma secreta, lo prueba.

Sorprendido, doy un brusco paso hacia atrás que me hace perder momentáneamente el equilibrio. De repente, como si hubiera notado mi

presencia, el niño gira la cabeza en mi dirección.

Dejo de respirar y el pulso comienza a latirme muy rápido.

—¿Soy yo...? —murmuro estupefacto. Un nudo se me forma en la garganta.

En ese justo momento, noto la sombra de alguien más moviéndose por la habitación. Un débil chasquido suena a la izquierda y una sonata, que identifico de inmediato como *Claro de luna*, de Beethoven, llena todo el interior con sus notas sosegadas.

Un escalofrío me recorre la espina dorsal.

Esto que estoy viviendo en realidad es un recuerdo de mi infancia... y aquel niño tan similar a mí no soy yo, sino mi hermano gemelo: Alex.

La otra persona que he advertido hace tan solo un momento avanza hacia el centro y, por fin, puedo ver su cara.

Un Hugh, varios años más joven, pero con los mismos ojos de ave rapaz y aquella constante

expresión de esnob irritante en el rostro, contempla embelesado el retrato de nuestra madre.

Al cabo de unos minutos, Hugh se gira hacia mi hermano de nuevo. Paso a paso se acerca a él hasta que solo unos centímetros les separan. Aguanto la respiración. Alex agacha la cabeza, pero Hugh le rodea la barbilla con una de las manos y la alza lo suficiente para forzarlo a que le devuelva la mirada.

—Mírame, chico —ordena Hugh—. Tienes potencial, pero aún falta mucho que pulir para convertirte en un genio —señala con voz ronca y excitada.

Con el pulgar, veo aterrado cómo Hugh repasa muy lentamente los labios de mi hermano con una mirada hambrienta. El pequeño Alex no para de temblar, y nunca lo he visto así de angustiado. No se mueve de la silla, sino que se agarra a ella con más fuerza.

—Así me gusta, muchacho: silencioso, quieto y

sumiso... —Hugh sonríe, pero no es una sonrisa sana, y me entran ganas de vomitar—. Trabajarás para mí a partir de ahora, Alex, y yo siempre cuidar  de ti. —De pronto, arruga el ceño—. Pero para eso debes hacer todo lo que yo te ordene. Vas a ser un niño obediente.

El tiempo parece detenerse cuando aquel malnacido de Hugh empieza a inclinarse sobre mi hermano.

Me deshago de la parálisis y me lanzo hacia el interior de la habitación, pero al instante topo con un muro invisible e infranqueable. Hijo de... El corazón me ruge como una lancha motora, cada vez más rápido, frenético.

Estiro los brazos y empujo el muro con todas mis fuerzas una y otra vez, hasta que los músculos de las piernas y la espalda me arden, y dejo de sentirlos. Nada funciona.

 Joder! El sudor me resbala de las sienes. Las manos se me encogen en puños. Un gemido de

horror sale de mi boca.

Impotente, durante unos segundos dejo las palmas apoyadas sobre aquella especie de barrera transparente. Apenas soy consciente de una ligera humedad bajo los ojos mientras observo lo que ocurre al otro lado.

Mi hermano ahora está muy quieto, y en cambio Hugh no deja de moverse sobre él.

¡Oh, no!

—¡Joder! ¡No! —bramo a todo pulmón.

Desesperado, tomo carrerilla e igual que un jugador de *hockey* me lanzo con todo mi peso hacia la habitación.

Esta vez, al hacer contacto con la barrera, la escena se hace mil pedazos que salen impulsados hacia todas las direcciones como cristales rotos de un espejo.

Varios de los fragmentos me entran en los ojos y un dolor profundo se me filtra por la piel enraizándose.

La visión se me nubla y, por fin, despierto.

Al instante de regresar a la realidad, soy muy consciente de la presión de una mano sobre el hombro derecho y, de inmediato, me aparto a la defensiva. Al mismo tiempo que me levanto, tomo aire sin pararme a pensar en el dolor. Todas las articulaciones de mi cuerpo se resienten, pero consigo elaborar una postura de ataque decente.

Decente para un niño de cinco años.

—¿Vas a usar esos puños temblorosos contra mí, Alex?

Ese horrible acento...

—¿Papá?

Capítulo 36

ALEX



—¡Joder!

Todavía me cuesta mantener el equilibrio, pero enfoco la vista en la persona que tengo delante y solo entonces me relajo un poco. Me fijo primero en el cabello rubio ceniza y después en la mirada azul glacial de sus ojos.

—Eso me dijeron que era en el hospital

cuando naciste —dice mi padre y luego me lanza una mirada analítica de arriba abajo—. Estás horrible, hijo. Y bien... ¿Intentas convertir la cama en un ring? —pregunta jovial.

Un ligero tufillo a alcohol me llega a la nariz cuando habla. Con el pelo revuelto y la corbata desarreglada, tiene todo el aspecto de haber salido corriendo de alguna reunión de negocios celebrada en algún club exclusivo.

Dejo caer lentamente los brazos. Alguien se ha ocupado de vendar mi mano derecha, pero sigo solo con los pantalones puestos, lo que en cierta manera me da aspecto de boxeador. Agacho la cabeza en dirección a mis pies desnudos sobre un amasijo de edredón nórdico, y bajo de un salto del colchón. Con un rápido vistazo, enseguida entiendo que ya no estamos en el hotel, sino en la habitación que mis padres arreglaron para mí en su casa del centro.

Me huelo con disimulo. ¡Oh, mierda! Mi

cuerpo desprende un olor raro a nenaza, como a aceite de lavanda, y siento la espalda demasiado rígida.

—¿Me has traído tú hasta aquí? —pregunto tras mirar alrededor y no ver a nadie más.

La cara de mi padre, por lo habitual inexpresiva, se crispa en una sonrisa de diversión.

—Bueno... ¿preferirías que te dijera que tú solo viniste a la casa de tus padres y te metiste en la cama?

—¿Y Beca? —inquiero muy serio—. ¿Dónde está?

La voz me sale hostil y se asemeja más a un animal furioso debido a la preocupación.

—La paciencia no es lo tuyo, ¿verdad? —replica mi padre con una mueca dura, pero en absoluto ofendido. Hace una larga inspiración—. Ella está bien —dice al fin—. Es una chica fuerte. Se ha mantenido a tu lado todo el tiempo. Y no quiso que despertáramos al servicio para ella.

Solo hace un rato que se fue porque fuimos muy persistentes.

—¿Dónde...?

Me alarmo.

—Tranquilo, sigue aquí en la casa. Está en la cocina con Iván —responde. De inmediato, echo a caminar hacia la puerta—. Debes saber que ni tu madre ni yo provocamos esto.

Me detengo al escuchar aquellas palabras y lo miro un largo minuto. Ya no hay atisbo de humor en él.

Asiento con un casi movimiento imperceptible de cabeza.

—Lo sé —afirmo.

—Bien. —Él asiente de la misma manera ambigua y breve.

Ambos nos quedamos callados el tiempo suficiente para cubrir todas las palabras que no admitiremos ninguno frente al otro.

—Hay otra cosa más que debes saber, Alex. El

comisario acaba de llamarme —informa mi padre en un tono formal, rompiendo el silencio. Se peina el pelo hacia atrás—. Es amigo mío desde hace años, y me ha asegurado que los dos hombres que intentaron secuestraros van a ser debidamente procesados por lo que os han hecho a ti y a Beca.

—Entonces fueron dos... —comento pensativo.

Habría jurado que había una persona más en el pasillo del hotel, aquella que me golpeó con el paraguas.

—¿Sucedo algo, Alex?

Niego con un gesto.

—¿Han dicho por qué lo hicieron? —indago.

Mi padre se cruza de brazos con una expresión neutra.

—Venganza —dice solamente.

—¿Venganza? —repito y espero a que se explique.

—Según parece, te aprovechaste de su hermana hace unos años. Cuando te reconocieron en el garaje del hotel, decidieron darte un pequeño susto.

—Un pequeño susto es ver con diez años a tu madre desnuda montádoselo con tu padre en tu habitación de juegos junto al póster de los Action Man. —Mi padre se aclara la garganta, incómodo—. Pero un intento de secuestro es un delito muy serio. Y han metido en esto a Beca, que podría ser su hermana. No voy a quedarme quieto.

Mi padre levanta una mano, la sostiene vacilante en el aire un momento y, finalmente, me palmea el brazo. Esto es lo más cercano a un gesto familiar que me ha hecho en meses.

—Nos aseguraremos de que reciban lo que se merecen, hijo.

Compartimos una mirada de hombre a hombre durante unos segundos, y ponemos rápidamente espacio entre los dos, demasiado incómodos.

—Alex, ¿los conoces a ellos y a su hermana?

—Si supiera quiénes son, a estas alturas ya no estaríamos hablando.

Mi padre frunce el ceño con preocupación, y noto su mirada dura recaer por un instante sobre mi mano vendada.

La imagen de la punta del paraguas hundiéndoseme en la palma me viene a la cabeza, pero esta desaparece rápidamente.

—No creo que eso dejara muy buena impresión de ti en Beca en estos momentos, Alex. Su situación familiar ya es bastante difícil —dice, pero a pesar de ello, extrae un iPhone de uno de los bolsillos internos de su americana gris de Armani. A continuación, hace una búsqueda en la pantalla—. Hagas lo que hagas, piensa primero en lo que acabo de decirte —añade volviendo a levantar la cabeza, y me lanza el móvil en un pase perfecto con su brazo de *pitcher*.

Lo atrapo con la misma naturalidad, sin

sorprenderme de que una vez más él ya sepa todo sobre la familia de Beca. Echo un vistazo a la imagen que hay en la pantalla. Es una foto de familia común, en la que aparecen dos hombres muy morenos junto a una chica de rasgos latinos, bonita, aunque nada especial que no haya visto antes en el Florida Night.

Tal como sospeché.

—No he visto nunca antes a esos dos psicópatas, y en cuanto a su hermana... es la primera vez que la veo —murmuro en voz alta y le devuelvo el teléfono.

Me obligo a mantener el rostro impassible. Si lo que han dicho aquellos dos delincuentes es cierto, esto solo puede significar una cosa: buscaban vengarse de mi hermano.

—Trabajas en un club nocturno, Alex. Tal vez... —empieza a decir mi padre.

Le dirijo una dura mirada.

—Trabajo duro para ganarme la vida y

pagarme los estudios en el Florida Night como DJ, papá, y sí, siempre estoy rodeado de niñas que creen que se han enamorado del chico que pincha discos en el local de moda, pero me tomo mi trabajo muy en serio a pesar de lo que tú y mamá penséis, porque me ha costado mucho llegar hasta donde estoy, y ahora tengo a Beca. —Me paso una mano por la frente, sintiendo el agotamiento de toda la noche en mis músculos, y le observo suspicaz—. ¿Cómo supiste que estábamos en peligro y dónde encontrarnos? —pregunto, a pesar de que ya sé la respuesta.

Mi padre parece tener una conveniente llamada en ese momento. Echa un vistazo a la pantalla de su móvil y suelta un suspiro.

—Informaré al comisario de lo que me has dicho, Alex, y enviaré al abogado de la familia a hacer los trámites legales —dice al mismo tiempo que se quita la chaqueta y la deja colgando de un brazo—. Puedes confiar en que esto les saldrá muy

caro a ese par de hijos de puta —asegura.

—Te lo agradezco papá, pero te he hecho una pregunta que aún no has contestado.

—Tu madre está de viaje de negocios en el extranjero en estos momentos, y no volverá hasta dentro de un mes, cuando haya salido el nuevo producto. Ahora tengo que realizar unas cuantas llamadas, Alex. Seguiremos hablando en otro momento, si todavía estás por aquí —añade esto último más lento a modo de pregunta.

—Iré a ver a Beca —anuncio sin llegar a responderle tampoco.

Me doy la vuelta, pero de pronto, mi padre se adelanta y me agarra del hombro derecho. No llevo camiseta y noto con mayor intensidad sus dedos clavados a través de la cicatriz, a pesar de que no me hace daño.

Giro la barbilla y bajo la vista hasta su mano, que oculta parte del tatuaje tribal del águila negra, y, después, vuelvo a alzar la cabeza hacia él.

—Creía haber entendido que tenías prisa —
digo burlón.

Los ojos habitualmente duros y fríos de mi padre brillan con intensidad.

—Iván oyó a Beca gritarles algo bastante extraño a los secuestradores mientras se peleaba para que te soltaran, y yo no lo creí hasta ahora. — Hay algo inquietante en su voz, y de inmediato me pongo en guardia. Las yemas de los dedos de mi padre repasan la cicatriz de mi hombro. Me quedo totalmente rígido—. ¿Eduardo? Hijo, ¿eres tú?

Capítulo 37

ALEX



El aire desaparece de mis pulmones.

—Trabajar hasta tan tarde te ha afectado. Será mejor que descanses un poco —murmuro automáticamente.

Como no me suelta, aparto la mano de mi padre hacia un lado y salgo de la habitación.

Empiezo a caminar a paso firme y, antes de que

me haya dado cuenta, he echado a correr desenfrenado por la casa. Los músculos protestan por el repentino ejercicio, y la cabeza me da vueltas.

Aumento todavía más el ritmo de mis zancadas hasta que siento que el aire viciado de la casa me golpea en la cara y que dejo de pensar. Sin embargo, cuando llego a la cocina y me encuentro la puerta abierta, la furia que hay en mí desaparece como si una repentina brisa se la acabara de llevar muy lejos.

Desde el pasillo, puedo ver a Beca con el vestido azul apoyada de espaldas en la encimera de mármol negro de la pared de enfrente, junto al Bosch de acero inoxidable para hornear que solo debe usar la cocinera contratada por mi madre. A pesar de que desde mi posición no puedo verlo, oigo la voz ruidosa de Iván, por lo que intuyo que este debe de estar cerca. Beca parece concentrada en la conversación con la cabeza ligeramente

girada mientras este le cuenta de buen humor una de sus anécdotas.

Ninguno de los dos ha notado mi presencia todavía.

Beca da un pequeño sorbo a la taza de té inglesa con pomposos dibujos florales que sostiene en la mano derecha, como si tratara de disimular detrás de ella una incipiente sonrisa.

Encojo y abro a medias varias veces los dedos de las manos...

Iván hace otro comentario, algo sobre el apareamiento de los pingüinos, y de repente Beca suelta una deliciosa y tímida carcajada. Animado por haberla hecho reír, Iván continúa con su vieja historia de cómo una vez tuvo que ser guardaespaldas del pingüino mascota de un millonario excéntrico.

Beca empieza a toser entre risas. Cuando para, sus mejillas están ardiendo.

Aquella visión resulta ser demasiado para mí,

y doy un paso hacia el interior de la cocina. Entonces, veo a Iván. En las manos, con las cuales ataca al mismo tiempo que habla un burrito enorme, distingo nuevos tatuajes de serpientes. Iván deja de comer un momento para rascarse la cabeza rapada, la cual le brilla como una bola de billar y le da aspecto de matón. Esto hace que aquella escena hogareña entre los dos y en la casa de mis padres parezca más extraña si cabe.

Dentro de mí empiezo a sentir algo y me obligo a empujarlo de nuevo a ese rincón oscuro de mi mente antes de que tome forma.

Me aclaro la garganta, y tanto Beca como Iván levantan la cabeza en mi dirección, ambos sorprendidos.

Pongo mi cara de póker y me paseo por en medio de la cocina hasta situarme entre los dos.

Beca baja la taza y noto cómo la sostiene con fuerza, la única muestra de tensión, mientras que con la otra mano se toca el moño con el que se ha

recogido el pelo. Lo lleva bastante prieto e intuyo que lo ha atado con una goma de esas que siempre le rodean la muñeca.

De inmediato, siento el deseo intenso de soltarle el pelo. No obstante, me resisto.

De cerca, observo un detalle importante que no había visto antes: unas largas ojeras de campeonato se le extienden como cortinas de humo bajo los ojos, pero la charla con Iván parece haberla serenado.

Sus pupilas diminutas me recorren el pecho desnudo y se detienen sobre mi mano vendada. Varias arruguitas se le forman en las comisuras de los párpados y en sus iris bailan salpicaduras de oro. Aprieta los labios e intuyo que se está conteniendo para no decir algo al respecto.

—Llegas en buen momento, chico. Todavía queda alguno de los burritos que he preparado —ofrece Iván con entusiasmo.

Al hablar, varios trozos de pimienta se le

escapan de la boca al plato.

—Gracias, Iván. Tal vez me pille uno después —comento distraído. Mis ojos vuelven a Beca—. Colega, ¿te importaría dejarnos a Beca y a mí solos un momento?

Iván se aclara la garganta, toma un vaso de agua y se levanta de uno de los taburetes que rodean la isla de la cocina.

—Si me necesitáis, estaré en mi habitación, viendo esa peli sobre una pobre estudiante de enfermería que limpia coches los fines de semana —informa Iván, pero aún no se marcha.

—Espero que la disfrutes, Iván. —Beca hace una pausa y los ojos la brillan con repentina emoción—. Y gracias por todo —dice. Luego levanta su taza a modo de despedida y le dedica una preciosa sonrisa.

Iván la observa unos instantes con algo más que interés, y sé lo que está pensando ese jodido pervertido de inmediato: Si tuviera unos años

menos...

Me quedo mirándolo muy fijo y él lo capta enseguida.

Cuando la puerta se ha cerrado de nuevo y Beca y yo estamos solos, la rabia que he sentido hace tan solo un momento vuelve a apoderarse de mí con toda su fuerza.

Capítulo 38

BECA



Una vez que Iván se ha marchado, la fachada de tranquilidad de Alex se desprende. Los ojos le brillan tan intensamente como hielo derretido, y destacan sobre las marcas oscuras de cansancio que presenta bajo ellos. Parece lo bastante furioso como para preocuparme...

Comienza a andar en mi dirección, pero apenas

ha dado un paso, se detiene de forma abrupta como si acabara de pisar una bomba escondida bajo las baldosas de gres de color ceniza de la cocina. Muy lentamente, alza el pie derecho hacia él...

Contengo el aire en los pulmones.

En la planta descalza del pie tiene un buen pegote de carne con lo que creo que debe de ser tomate de los burritos. Una abrasadora blasfemia seguida del nombre de Iván corta el aire.

¡Oh, Dios mío! Me echo a reír.

—Ni una palabra, Beca. —Alex se frota molesto la parte inferior del pie contra los vaqueros *slim fit*, que a pesar de no ser totalmente ceñidos, al inclinarse se le ajustan al trasero de manera muy interesante—. Ni una palabra.

Tomo una larga inspiración. El cuerpo entero me tiembla.

—Bueno..., parece que ha sido un largo día —digo a pesar de su advertencia con una pequeña sonrisa. Ceñudo, Alex hace un ligero gesto de

cabeza mientras trata de quitarse el último resto de salsa de tomate con más ímpetu—. ¿Qué tal si lo intentas con esto? —propongo con otra sonrisa contenida y le ofrezco un trapo de los que hay colgados de un gancho de la pared de detrás de mí. Alex lo toma de inmediato.

Uno de los mechones de pelo castaño oscuro le baila hasta una de las sienes con el movimiento de forma muy atractiva. Disgustado, chasquea la lengua y apoya la mano izquierda sobre la puerta de la nevera, intuyo que para mantener mejor el equilibrio.

Su cuerpo queda muy próximo al mío de pronto, y me vuelvo muy consciente de su masculinidad. Trago saliva.

Él termina de limpiarse, pero no retira el brazo, sino que se inclina hacia delante. El pulso se me acelera. Alex se acerca todavía más. Por instinto, me echo hacia atrás para evitar que el líquido de la taza se me derrame y, como

consecuencia, mi mejilla queda irremediablemente pegada a la larga extensión de su bíceps.

Giro la cara hacia el lado contrario y, de pronto, me encuentro a Alex mirándome muy fijo, como si tratara de averiguar cómo dar la primera pincelada a un lienzo en blanco.

—Gracias —dice y, sin dejar de penetrarme con la mirada, cuelga de nuevo el trapo en el gancho de la pared, de modo que durante unos segundos su torso desnudo se aplasta contra mí.

Cuando se retira hacia atrás, lo hace de un modo lento.

Sujeto la taza con fuerza y desvío la vista hasta su mano vendada con un exceso de interés.

—¿Estás bien? —pregunto con cautela. Siento la imperiosa necesidad de rodearle los dedos y de peinarle ese pelo de chico recién levantado, pero no hago ningún movimiento. Todavía no sé muy bien cómo tratar con él—. Alex, yo...

—He tenido días mejores. ¿Y tú?

Al contrario que su dura expresión, su voz suena calmada. Hago un lento asentimiento.

—Estoy bien. Tengo algún moratón, pero eso es todo. —Alex me traspasa con la mirada, como si pudiese ver a través de mí y del vestido y localizar todos los golpes. Me muerdo el labio inferior, insegura sobre lo que debo decir a continuación. Hay tantas cosas que decirnos, que siento que sería inútil intentar hablar de todas ellas en estos momentos, y al final opto por lo más obvio—. Hace un momento, tu padre fue a hacerte una visita. Estaba preocupado. ¿Has hablado con él?

—Al menos él lo intentó —confirma, pero no añade más y yo no trato de preguntarle.

Su voz está tan carente de emoción en esta ocasión que no sé qué pensar.

Trago saliva para reunir el coraje suficiente, y no es fácil, porque estoy bastante agotada. No obstante, he tenido unas horas para pensar, y

durante ese tiempo he podido reflexionar sobre muchas cosas.

—Alex, esta vez no fueron tus padres los que enviaron a aquellos tipos. En realidad, esos hombres te confundieron con tu hermano —aclaró. En estos momentos siento que tengo que salir en defensa de su familia, sobre todo después de lo que ha sucedido—. Si no hubiera sido por tu padre e Iván, no estaríamos aquí ahora.

No parece sorprendido en absoluto.

El pecho de Alex se hincha de aire una sola vez, con lo que todos sus músculos, sacados de una revista no apta para menores, se marcan visiblemente como si hubieran sido cincelados a martillo y luego encerados a conciencia. Suelta el aire de golpe, la única muestra de agotamiento, y sigue la mirada de mis ojos, que en estos momentos continúa centrada en su torso lustroso por los aceites relajantes que han aplicado sobre su cuerpo mientras dormía. Aprieta esa mandíbula

cuadrada y viril. Después, enfoca la vista sobre mi boca. La sangre me comienza a arder en las venas, pero si bien Alex siente deseo por mí, lo esconde todo de nuevo bajo la camisa de fuerza que se ha impuesto.

—Lo tendré en cuenta —dice Alex con voz profunda—. Eso huele bien. ¿Te importa? —Antes de que responda, rodea mi mano con la taza de té incluida, y olisquea por encima de la nube de vapor.

Nuestras frentes se tocan ligeramente, y todo mi cuerpo se estremece.

Sorprendida, me tenso un poco y después me relajo.

—Es manzanilla con canela. Se supone que ayuda a conciliar el sueño —explico y, tras hacer una pequeña pausa, añado—. La canela también es un afrodisiaco.

¡Oh, Dios! ¿Qué acabo de decir? He sonado como una coqueta.

Temo que vaya a burlarse de mí, pero los iris de Alex chispean con interés. Asiente una sola vez con un gesto de la barbilla.

—¿Puedo probar? —Echa hacia atrás la cabeza y me observa de nuevo. Está sonriendo, acariciándome con la mirada, y la expresión de su rostro desencadena una serie de oleadas ardientes en mi vientre.

Intento pasarle la taza, pero él no deja que yo la suelte y, tal como estamos, se la lleva a los labios con una expresión hermética.

Varias emociones indescriptibles le recorren los ojos azules de predador, mientras se termina todo lo que queda de infusión sin dejar de clavarme la mirada. Una vez que ha acabado, baja el recipiente con nuestras manos todavía superpuestas la una sobre la otra hasta la altura de mi pecho.

El corazón me late muy fuerte. Algo importante ha cambiado en el ambiente y se ha vuelto muy

personal.

—No voy a ser sutil, Rebeca —dice Alex de pronto y da un peligroso paso hacia delante.

—¿Qué...?

La solidez de una de sus piernas pasa entre mis muslos y hunde la tela del vestido contra mi ingle. Callo de inmediato.

—Toda esta mierda ya ha durado mucho por hoy. Ahora solo quiero estar dentro de ti, Beca. Aquí y ahora. En tantas posiciones que ni siquiera puedas imaginar —declara rotundo y con una mirada muy hambrienta.

Si cualquier otro me hubiera hablado de esa manera, le hubiera abofeteado la mejilla hasta dejarle mis huellas dactilares impresas en ella. Sin embargo, el acento arrastrado de Alex, su aroma almizcleño, la dureza de sus palabras y lo mucho que lo deseo en estos momentos, provocan que quiera clavarle las uñas en esos pectorales de deportista de élite, tirarle a suelo y convertirme en

una fiera sobre él.

La pierna de Alex se mueve más hacia delante. Se me escapa un débil gemido. Por supuesto, mi libido no está al corriente de mi política de no sexo con tipos gruñones y pedantes, porque, ¡oh, madre mía!, estoy muy excitada.

—Alguien podría entrar en la cocina en cualquier momento, Alex —le recuerdo.

Le veo retirarse un poco y echar un breve vistazo al reloj circular que cuelga a la derecha de la puerta, que Iván se ha encargado de dejar convenientemente cerrada, lo que me proporciona una visión completa de su impresionante tatuaje tribal en el hombro. Me relamo los labios con solo pensar en besar cada trazo de piel tintada.

—¿A las cinco de la mañana? —sugiere Alex con una expresión irónica y casi divertida cuando se gira de nuevo hacia mí.

—Podría ser la hora del té en Inglaterra —objeto, solo por el placer de llevarle la contraria.

—Sí, probablemente si esto no fuera España y no de madrugada —replica con una mirada ceñuda.

—Olvidas a Iván. Le dijiste que nos dejara solos un momento.

—No regresará. Supongo que no necesitaré aclararte el tipo de película que está viendo, ¿no, dulzura? —Alex hace una pausa que consigue ponerme todavía más excitada, y luego me mira de arriba abajo con aire pensativo—. Beca... Estoy demasiado agotado para andarme con jueguitos y empiezo a perder la paciencia.

Bajo otras circunstancias le hubiera discutido esas palabras groseras, pero él parece demasiado torturado y, sobre todo, especialmente irresistible. Torso sudado, con heridas de guerra y rezumando aroma a sexo. Justo un gladiador, al que no puedo quitarle los ojos de encima.

—Alex, ¿y dónde se supone que...? —no llego a terminar la pregunta y señalo con la cabeza la

enorme cocina, que estoy casi segura de que su madre no ha tocado en la vida más que con los tacones de sus zapatos de Chanel.

—Aquí mismo —zanja Alex de inmediato. Luego se queda callado unos segundos, y pone una expresión de preocupación—. Dijiste que te encontrabas bien, ¿no?

—Sí.

—Me alegro, yo también lo estoy —dice Alex con una sonrisa triunfal—. ¿Vas a desnudarte tú o lo hago yo, mi musa?

Me muerdo la punta de la lengua, reflexiva.

—Si accedo...

—Accederás, Beca. No te quepa alguna duda de ello —asegura Alex con voz aterciopelada y persuasiva. Luego, se apodera por completo de la taza. La mueve primero contra la punta de uno de mis pechos y, después, contra la otra. La porcelana todavía está caliente, y mi cuerpo reacciona al instante. Los pezones se me izan tiesos como

traicioneras banderas blancas a través de la fina tela de algodón del vestido.

Apenas logro silenciar un jadeo, que termina sonando como un silbido.

—Si accedo, Alex —empiezo otra vez cuando recobro la voz—. Tú también deberás desnudarte. En el peor de los casos, no pienso ser a la única a la que pillen como Dios nos trajo al mundo. Y, por supuesto, será la última vez que lo hagamos aquí —digo en el mismo tono arrogante que él.

—Lo que tú quieras estará bien para mí, mi musa. —El tono de Alex se oscurece varios grados mientras juega tentadoramente con la taza de té inglesa sobre mi vientre a través de la suave tela. Me estremezco entera—. No puedo esperar a saborearte —murmura. De pronto, da la vuelta a la carísima porcelana, y utiliza el asa para presionar sobre mi piel ardiendo, en el punto exacto que forma la uve entre mis muslos —. En cuanto empecemos, haré que estés tan ocupada que no

puedas pensar en nada más que en lo siguiente que voy a hacerte.

Una descarga erótica me atraviesa el cuerpo y encojo los dedos de los pies.

—Dame eso —digo, y le arranco por fin la taza de té, que deposito a un lado en la encimera. Después, lo empujo un poco para tener espacio. Acto seguido, me paso el vestido por la cabeza y lo tiro al suelo sin miramientos. Alex parece estar disfrutando de mi arrebató—. Te toca —señalo.

Enseguida, Alex se deshace de los pantalones con dos rápidas patadas. Solo se queda con los bóxer Dolce & Gabbana, que trazan la curva de su zona de ataque lista para posar para la *Men's Health*.

Alex apoya las manos sobre mis hombros desnudos, y aparto los ojos con desgana.

—Esta es tu última oportunidad de echarte atrás, mi musa —advierde muy serio con aquel acento arrastrado suyo y, de nuevo, me recorre con

la mirada, haciendo que mi piel se vuelva húmeda y caliente.

Sin darle una respuesta, poso las manos sobre las suyas y, a continuación, deslizo sin prisas las yemas de los dedos hasta sus hombros. Entonces, me apoyo sobre sus anchos músculos, doy un impulso sobre mis talones y beso a Alex hasta que yo misma me siento demasiado jadeante para pensar en otra cosa.

Los pulgares de Alex se enredan en los tirantes de mi sujetador. En algún momento, él suelta un gruñido hosco de placer, y yo aprovecho para echarme hacia atrás.

Alex levanta una ceja interrogante.

—Creo que necesito tomar aire —reconozco con la respiración entrecortada.

La diversión hace retumbar el pecho de Alex. Luego, una sonrisa torcida se dibuja en su boca, pero esta solo dura un segundo, y es remplazada por una mirada ardiente y penetrante. La piel me

burbujea al instante y las rodillas comienzan a temblarme por la excitación.

Alex traza muy lento las curvas laterales de mi cuerpo con los pulgares hasta llegar a mi trasero.

Sin previo aviso, rodea mis nalgas y me sube sobre la encimera negra y helada de mármol de la cocina. Después, me suelta un momento. Entonces, vuelve a tomar la taza de té inglesa y la hace bailar sobre el dedo índice que no cubre la venda de su mano derecha.

Sonríe ampliamente.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—Aún no hemos empezado, mi musa.

Prepárate.

Capítulo 39

BECA



Un temblor excitante barre toda mi piel, dejándola sensible y expectante. Alex masajea mi coronilla y, al mismo tiempo con la otra mano, empieza a deslizar el borde de la taza desde el nacimiento del punto medio de mi espalda, vértebra a vértebra, con una carencia abrasadora que pone mis sentimientos a flor de piel. Encojo

los dedos de los pies cuando la porcelana ahora fría pasa por una zona especialmente sensible.

—¿Tratas de ponerme a prueba? —gruño mitad excitada, mitad impaciente.

Alex se agacha un poco, y justo cuando creo que está a punto de poseer mi boca con la suya, frena de forma abrupta.

—No. Trato de probarte entera... —murmura Alex al mismo tiempo que libera todo mi cabello. Este se derrama sobre mi columna vertebral, provocándome sobre la piel un cosquilleo agradable—, y asegurarme del modo más infalible de que esta vez no salgas corriendo por la puerta.

Pongo los ojos en blanco al comprender la pequeña réplica bajo aquellas últimas palabras en referencia al hotel.

—Mucha suerte entonces, pintor —replico con una sonrisa. A continuación, lanzo una mirada retadora hacia mi vestido tirado en el suelo, y luego hacia la puerta.

Alex envía muy lejos de una patada el vestido.

—Yo que tú me quitaría la idea de la cabeza, mi musa —dice Alex con su acento arrastrado. Estamos demasiado cerca el uno del otro, y la fragancia profunda subyacente en la piel masculina, que huele a especias y a aceites esenciales para el dolor muscular, inunda mis orificios nasales. Él me observa con intensidad—. Iván ya está demasiado cachondo en la habitación de al lado, mi padre todavía está en casa y hay personal del servicio que duerme aquí. No me importa que me vean desnudo mientras te persigo. Todos ellos han sobrevivido antes a cosas más impresionantes viniendo de mí y mi hermano, pero ¿y a ti?

Me quedo en silencio a modo de respuesta.

—Bien —dice Alex satisfecho—. ¿Por dónde debería empezar? —comenta con una voz ronca y aterciopelada.

Intento prepararme psicológicamente, sin

embargo, él me decepciona colocando la taza entre mis manos y dando un paso hacia atrás.

Arqueo las cejas, interrogante.

—Levanta los brazos y no sueltes la taza, mi musa —ordena sorprendiéndome de nuevo.

Solo la curiosidad consigue que le siga el juego y, durante un buen rato, dejo que sus ojos me examinen con una atención torturadora.

—Ahora sé lo que siente la Estatua de la Libertad con todos esos insensibles turistas sacando fotos —comento puntillosa, solo para desviar la vergüenza que siento al notar cómo él se fija en todos los moratones que hay alrededor de mi cadera y mis piernas, uno a uno.

Alex vuelve a acercarse sin reflejar ni un solo pensamiento en la cara, y cualquier preocupación que tuviera desaparece bajo su ardiente mirada, que está más encendida si cabe. El corazón me palpita rápido.

—Deja de distraerme, Beca, sé lo que

pretendes. Me sé todos tus trucos.

—¿Trucos? ¿Yo tengo trucos?

Él inclina la cabeza en ese momento y amolda su boca a la mía. Enseguida, me pierdo en el beso más apasionado que he recibido en toda mi vida. Suave al principio y al momento siguiente brusco, intenso, profundo, como si estuviera tanteando los límites de donde estoy dispuesta a dejarle llegar.

Al parecer muy lejos.

Siento cómo la mano vendada de Alex ahueca uno de mis pechos y me estiro hacia delante para llenar mejor toda su cálida palma. El roce áspero de la venda y mi piel erizada hacen el resto del trabajo. Pero no es suficiente... Hoy nada parece serlo, como si estuviera poseída por algún tipo de demonio interior y quisiera expulsarlo, como si necesitara con urgencia consumir algún tipo de fuego corriendo entre mis venas.

Con cada roce, borro cada pensamiento triste, cada tensión, y solo me quedo en el presente, todo

lo que él y yo somos en este mismo instante, porque al tocarme es como si pudiera aliviar aquella agitación que siento dentro de mí.

Bajo los brazos para rodearle el cuello, pero Alex se aleja de mi alcance.

Se me escapa un débil gemido de protesta.

—Todavía no —me regaña con un ronco jadeo. Entonces, engancha los pulgares en la fina tela de mis bragas y me rodea las nalgas con el resto de los dedos. Amasa la piel, rozando la hendidura con las yemas—. Ahora, apóyate en mí, mi musa —ordena en un tono sexy que me vuelve loca.

Me levanta como si fuera un peso pluma y un momento después estoy echada de espaldas sobre la isla de la cocina. La encimera aquí también está helada, y de forma instintiva mi espalda se arquea. Alex me da un rápido beso en la boca. Después, tira de mis bragas y las deposita a un lado. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no soltar la taza.

—Solo para asegurarme, Alex, porque hoy he

cubierto mi lista de cosas inesperadas. ¿Estás seguro de que nadie va a aparecer por la cocina?

—Está todo controlado, mi musa —promete Alex. Sus palabras exudan calor y están ensombrecidas por el deseo. Coloca una palma extendida sobre mi abdomen de modo que toda mi espalda vuelve a quedar pegada a la encimera. La tirantez y el dolor que siento desaparecen, igual que si hubieran puesto hielo sobre los golpes, y son sustituidos por un inmenso placer.

Desvío la vista hacia su mano apoyada sobre mi vientre primero y después hacia el centro abultado de sus Dolce & Gabbana. La boca se me entreabre mientras mi imaginación se llena de imágenes sudorosas.

Los ojos de Alex se entrecierran y se le oscurecen como dos líneas de agua en el horizonte.

—Pásame la taza, cariño —dice solamente y pone una expresión que me humedece entera.

Después de eso, solo hay sensaciones. La

punta de su lengua indagando entre mi clavícula, mientras sus dedos adoran cada montículo de piel de mi cuerpo con la solidez fría de la porcelana, y los atormentan con caricias arrastradas y profundas.

Si continúa así voy a morir de éxtasis.

Con ayuda de la taza, Alex retira hacia abajo la tela del sujetador, primero una copa y después la otra.

—Perfecta —susurra enronquecido de deseo y se inclina sobre mí. Su boca hace que me retuerza de mil formas diferentes, alternando entre un pezón y el otro.

Estoy loca de necesidad por tocarlo y, de nuevo, deslizo los brazos alrededor de su cuello, pero esta vez él no se aparta. Vuelve la cabeza hacia mis labios y sin darle tiempo a que se acerque más, me adelanto y atrapo los suyos entre mis dientes. Sabe ligeramente a la infusión que descaradamente me ha robado hace tan solo unos

minutos.

Nunca he disfrutado más de la hora del té.

—Mi turno, pintor —murmuro exigente. Lamo su labio inferior y a continuación arrastro la boca por su cuello hasta llegar al tatuaje de su hombro —. ¿Sabes? He querido hacer esto desde que apareciste en la cocina —confieso—. He deseado saborearlo de mil formas distintas. —Froto intencionadamente la lengua contra aquella indefinida cicatriz bajo la tinta que muy pocos conocen, lo que acariciarla hace que sea más excitante y que lo sienta mío en todo el sentido de la palabra.

Alex suelta un gruñido inteligible y lo siguiente que sé es que de nuevo estoy sentada sobre la encimera, con el aliento contenido.

—Se acabó tu turno, mi musa —dice Alex suavemente, con una mirada muy intensa. Desde el centro de mi frente va deslizándose el borde de la taza hacia abajo. Su boca caliente y húmeda,

aderezada por el acero frío de su *piercing*, sigue el mismo recorrido. Contemplo hipnotizada la taza y agarro con fuerza los hombros de Alex para mantener el equilibrio mientras permanezco todo lo quieta que puedo durante aquel juego. Él se detiene justo a la altura de mis caderas y da un pequeño toque con la porcelana a una de mis rodillas. Entonces, alza la cabeza—. Déjame verte, cariño. Ábrete para mí.

Con delicadeza, Alex empuja mis piernas sin que yo muestre ninguna resistencia para que lo haga.

Sus ojos observan encendidos de pasión el centro mismo de mi humedad. Le oigo tomar una honda inspiración de aire, que hace que se me dispare el pulso.

—Eres preciosa —declara demasiado ronco.

Esto es demasiado para mí, y siento que estoy a punto de derretirme ahí mismo.

Alex envía un escalofrío por el interior de mis

muslos con un pequeño y nuevo toque del asa de la taza, pero rápidamente se deshace de ella y dos de sus dedos la sustituyen. La nueva fricción se convierte de pronto en todo un desafío contra mis emociones.

—No puedo esperar más... —susurra Alex con la voz rota. Se separa un momento y se deshace sin ningún miramiento del bóxer.

El cuerpo me tiembla de expectación. Alex se acomoda entre mis rodillas y yo rodeo sus caderas con mis pantorrillas. Nuestras miradas se cruzan. El temblor se hace más fuerte.

—Tú, yo, aquí, ahora —murmura. Entonces, él empuja hacia delante y nuestros cuerpos se acoplan por fin.

Aprieto los ojos en un fundido negro de placer.

—Sí —jadeo.

Entierro la cabeza en el cuello de Alex y acallo un intenso gemido.

La fuerza de la penetración es muy profunda, y

Alex se asegura rodeando mi espalda de que no caiga hacia atrás después de cada impulso. La piel me suda de calor a medida que siento que llegamos al ritmo adecuado.

Sepulto los dedos en su pelo, porque soy incapaz de mantener las manos quietas, y tiro de él excitada por sus propios suspiros masculinos de pasión.

Una ola especialmente potente me sacude entera, y aprieto con fuerza los tobillos contra su duro trasero al mismo tiempo que alcanzo el orgasmo más intenso de toda mi existencia. Pero me he adelantado y Alex todavía no ha quedado satisfecho.

Me apoyo sobre su pecho, y durante unos segundos él espera a que me recupere antes de volver a reclamarme.

Su voz ronca suena en mi oído con palabras seductoras y susurros prometedores, mientras nuestras respiraciones agitadas vuelven a

entremezclarse la una con la otra, cada vez más alteradas y palpitantes.

Finalmente, Alex se hunde en mí con una última acometida, y al unísono nos desplomamos el uno sobre el otro. Pero su peso es mucho mayor al mío...

Muy rápido, Alex rodea mi nuca con una de las manos protegiéndome segundos antes de que acabe otra vez sobre la encimera, en un aterrizaje forzoso.

—Joder..., me siento demasiado mayor.

Con un enorme esfuerzo, giro la cabeza para liberar la mano de Alex, que ha suavizado el choque.

—¿Estás bien? —pregunto preocupada.

Él suelta una carcajada muy cerca de mi mejilla. Es la primera en todo este horrible día que le oigo.

—Aunque no lo creas, nunca he estado mejor, mi musa —dice Alex de buen humor y, un segundo

después, entierra la frente en mi cuello de una manera muy tierna—. Me alegro de que estés aquí —dice en voz tan baja que apenas llego a oírlo.

Noto cómo una de las manos de Alex comienza a acariciarme el hombro, y va deslizándose por mi brazo al mismo tiempo que traza la letra «A» mayúscula que ya me es tan familiar.

—Aún no hemos acabado, Beca. —Levanta la cabeza y me mira. Sus ojos chispean con tonos turquesa y plata—. Esta vez no dejaré que te marches.

Tiene una expresión en su cara...

Trago saliva.

Una mezcla explosiva, tan fuerte y ardiente como la resplandeciente luz del sol, llena cada célula de mi cuerpo, y a partir de aquí, solo me dejo llevar.

Capítulo 40

BECA



Me despierto la primera, con un brazo de Alex rodeándome la cintura y su suave respiración haciéndome cosquillas en la nuca. Todas las articulaciones de mi cuerpo vibran y el cuerpo me cosquillea en determinadas zonas cuando empiezo a moverme.

Anoche regresamos a la habitación después de

atacar el frigorífico de sus padres como un par de lobos hambrientos y, una hora después, quedamos abrazados el uno al otro en la cama gran parte de la mañana. Durante todo ese tiempo, cuando nos desvelábamos hacíamos el amor para acabar un rato después adormecidos aún con nuestros cuerpos unidos. En algunas de esas ocasiones, hablamos de cómo darnos más placer entre caricia y caricia, pero en ningún momento mencionamos nuestros verdaderos problemas. De algún modo, yo misma puse aquella barrera.

«¡Oh, sí, aquí está bien! ¡Dios mío, más abajo! ¡Justo ahí, no te detengas!», pero nada de preguntas, Alex; nada de respuestas, Alex. En aquella intimidad que tanto necesitaba, no pude confesarle que anoche, obligada por aquellos dos hombres, tuve que revelar su verdadera identidad para salvar nuestras vidas. Pero eso no había sido todo, Iván también llegó justo en aquel momento y lo oyó.

Alex no ha hecho ningún comentario sobre lo que nos sucedió, pero sospecho que Iván ya debe de haber informado de todo a su padre.

Tengo que hablar cuanto antes de esto con Alex, pero hay algo más importante que he de solucionar todavía...

Paso por encima de Alex con mucho cuidado de no despertarlo, porque la cama está pegada hacia un lado de la pared. Una emoción de intensa ternura hace que durante unos segundos me demore en contemplarlo.

La luz del mediodía atraviesa la enorme ventana desde atrás, tallando cada sinuosidad de músculo y tendón masculino, y remarcando pequeñas cicatrices viejas, además de otras más recientes que la fina sábana de algodón no oculta. Hasta ahora he tratado siempre de comprender a los demás y me he conformado con poco de las personas, pero anoche no fue así.

A falta del mío, recojo el móvil de Alex

ubicado sobre la mesilla de noche de color blanco, como casi todo lo que hay en la habitación, excepto por los tonos grises y negros que equilibran la fría decoración. Tomo también mi ropa para dirigirme al baño. Una vez encerrada allí, me aseó rápidamente haciendo el menor ruido posible, me pongo de nuevo el vestido azul y me siento con las piernas cruzadas en el suelo sobre la alfombra de baño negra. Al instante, el calor debido a la calefacción radiante que emana de las pequeñas baldosas grises asciende por mis tobillos.

Mucho más cómoda, apoyo la espalda en la cara externa de la bañera. Todo este sitio sigue estando tan meticulosamente ordenado como la última vez que estuve aquí, con el aspecto práctico de una habitación muy masculina. Respiro hondo, el interior huele a Alex y a algo más que me hace pensar en ropa limpia y en hierba recién cortada.

Aliso un pliegue del vestido mientras examino

las llamadas perdidas de Alex. Una de ellas es de Sara, su jefa, pero las últimas diez son de esta mañana y pertenecen a una persona que conozco muy bien.

—Mamá... —murmuro tensa.

Contengo el aliento durante unos segundos y luego reviso los mensajes. Hay muchos con diversas indicaciones, uno de ellos llama especialmente mi atención:

«Prueba a comprarle a Beca café recién hecho en un envase reciclable. Siempre le gusta tomarlo de esta manera cuando está disgustada. Por favor, Alex, cuida bien de ella en mi lugar y también cuídate tú. Gracias por todo y... lo siento». Este fue el mensaje que debió de enviar a Alex cuando nos detuvimos en aquella tienda china de comestibles ayer.

Me tapo los ojos con el reverso de la mano libre y echo la cabeza hacia atrás al mismo tiempo que tomo conciencia de cada palabra de Alex

insistiendo muy firme en que bebiera aquel café, sentados dentro del Austin Martin: «Bébelo...», «Te hará bien, Beca. Solo Pruébalo». Justo en ese momento, me parece escuchar un ruido que parece proceder de la habitación, y espero unos segundos antes de seguir husmeando en el teléfono. No estoy segura de si Alex ya se ha despertado.

Al no abrirse la puerta del baño, reviso el resto de mensajes con más calma, pero solo aquellos que pertenecen a mi madre, y descubro que hay muchos en diferentes días. Todos están relacionados conmigo.

Un nudo prieto y constrictor se forma en mi garganta.

Dejo que pasen unos segundos para asimilarlo y a continuación busco el número de móvil de Carlos en la agenda del teléfono. Por suerte, en el móvil de Alex no hay apodos, solo nombres seguidos de la posición que esa persona ocupa en su vida: Ángela madre, Beca novia, Carlos

amigo... Miro más abajo y encuentro la excepción con «Elisa». No hay ninguna palabra que la describa. Por algún motivo no estoy a gusto con eso.

Sacudo la cabeza y realizo la llamada a Carlos. Una vez que he tranquilizado a mis hermanos y convencido a Víctor de regresar a casa, llamo por fin a mi madre.

—¿Alex? ¿Qué tal está Beca? ¿Le ha ocurrido algo? No he tenido noticias vuestras desde ayer por la tarde. ¿Está todo bien?

Me quedo callada y, aunque me he prometido no llorar, noto cómo los ojos me escuecen de emoción al escuchar su voz tan preocupada hablando a toda velocidad.

Solo han pasado unas horas, pero la he echado muchísimo de menos.

—Beca, ¿eres tú? —pregunta mi madre un poco más relajada al cabo de unos segundos. Respiro fuerte por la nariz y oigo que ella se

aclara la garganta—. No deberías haber pasado la noche fuera sin avisar —dice cambiando el tono emocionado de su voz al suyo amonestador habitual—. ¿Estás bien?

Hago un ruido de asentimiento.

—¿Y tú, mamá? ¿Estás bien?

Oigo una leve inspiración de aire seguido de un débil quejido ronco a través de la línea, como si estuviera constipada.

—Estoy a punto de echarme a reposar un poco en el sofá mientras tu padre se encarga de preparar el almuerzo... —Se queda callada y un silencio incómodo surge entre las dos. No hace falta decir que la simple mención de mi padre en algo tan cotidiano es demasiado para ambas en estos momentos—. ¿Y tú? ¿Has hecho todas las comidas?

—Mamá, ya no soy una niña... —replico. Trago saliva y cierro los ojos un instante—. Mamá... —empiezo a decir. Me muerdo el labio inferior

para contener el repentino temblor de mis labios y por fin suelto el nudo que hay en mi garganta—. Lo siento.

—¿Por qué me pides perdón, Beca?

Como siempre, mi madre quiere que lo diga con todas las palabras. Contengo una «sonrisa».

—Lo siento por todo, mamá. —Una oleada de emociones contradictorias me recorre el cuerpo, y ya no puedo detenerme. Todo lo que llevo encerrado dentro de mí desde las últimas horas sale por mi boca a la velocidad de la luz—. No importa cuántas veces lo piense. Cuando dije todas aquellas cosas, lo decía en serio. Para mí no es posible aceptar en estos momentos a papá, me llevará mucho tiempo o quizá nunca llegue a sentirme cómoda con él. Ni siquiera puedo hacerte una promesa.

—Lo sé, cariño, pero necesito a tu padre. —Su voz suena rota. Pestañeo fuerte—. Yo soy la que debe disculparse contigo, porque sé que nunca te

niegas a todo lo que te pido. Me he aprovechado todo este tiempo de ello hasta el punto de que me he acostumbrado a que escondas lo molesta que estás. Ahora yo estoy así y vuelvo a obligarte una vez más a aceptar las circunstancias cuando peor están. Estás en tu derecho de enfadarte e incluso de decidir qué es lo que quieres aceptar. Ya he cargado mucho sobre tus delgados hombros, hija, y no puedo perdonármelo. Mi enfermedad...

—Tu enfermedad no es culpa tuya, mamá —la interrumpo de inmediato—. Eso no tiene nada que ver con lo que siento por papá. Es solo que las cosas esta vez han ido demasiado lejos en muy poco tiempo para mí.

—Aun así lo siento, cariño.

—Llevaré de regreso a mis hermanos —digo con la voz contenida.

—No solo te preocupes por ellos, Beca. Debes comer algo ahora. Cuídate primero, ¿de acuerdo?

Apenas logro asentir con un leve sonido de la

garganta. La línea se corta.

Me llevo el móvil al pecho.

—Cuídate tú también primero, mamá —
murmuro, apretando más y más el móvil contra mí.

Al cabo de unos minutos, me levanto y me lavo la cara para despejarme. Cuando regreso a la habitación, me encuentro a Alex apoyado ligeramente de espaldas en la pared justo al lado izquierdo de la puerta por la que acabo de salir.

El corazón me da un brinco en el pecho y abro mucho los ojos. Está vestido solo con una bata negra puesta a lo «señor Grey». Esta se le abre en uve desde la estrecha cintura donde la tiene atada, mostrando una gran cantidad de piel nívea y prieta.

Baja el talón izquierdo del rodapié, alza la cara y me dirige una mirada inquisitiva por debajo de sus abundantes y largas pestañas, que hacen más profunda la línea rasgada de sus ojos azules.

—¿Estabas despierto? —pregunto en cuanto me recupero de la sorpresa.

—No me gusta demorarme en la cama cuando estoy solo —dice con una sonrisa burlona y provocadora.

Todavía tiene leves ojeras y signos de cansancio en su cara, pero aquellos toques de vulnerabilidad le sirven para parecer más guapo si cabe, suavizando lo que de otro modo podría interpretarse como la frialdad de un Dios inmortal.

—Y supongo que sí está bien para ti espiar a escondidas, ¿no?

Sus ojos bailan risueños, en absoluto arrepentido.

Echo una mirada exasperada al techo, me giro y le doy la espalda. Antes de que pueda hacer ningún otro movimiento, noto cómo los brazos de Alex me rodean por detrás y me estrechan contra él. Todo su aroma masculino me envuelve con calidez y me siento muy bien.

Respiro hondo y me quedo muy quieta.

—Puedes añadir a mi lista abrazarte. Sin duda

esta es una de mis aficiones favoritas —murmura con voz ronca y suave muy cerca de mi mejilla. La barbilla ligeramente rasposa por la barba de un día de Alex roza la curva de mi cuello en ese justo momento y, durante unos instantes, me quedo sin aliento—. Podemos repasar el resto de mis aficiones antes de recoger a tus hermanos, o si lo prefieres, empezar por las tuyas.

—¡Qué considerado! —exclamo y me vuelvo un poco hacia él con una mezcla de sentimientos revoloteando dentro de mí. Alex me muestra una amplia sonrisa, agacha la cabeza y rápidamente me da un beso en la punta de la nariz—. Haces lo que te da la gana —lo acuso en un murmullo cuando se separa un poco.

—No. Eso no es cierto, Beca. —Desliza la punta de su nariz desde el nacimiento de mis cejas hasta la curva de mi mejilla. Mi piel reacciona al instante—. Si fuera así, ya habría marcado esa boca tuya con todos los besos que me he perdido

mientras te esperaba —protesta de forma muy seductora.

Lanzo un largo suspiro, pero se me escapa una breve carcajada. Alex se mueve detrás de mí y me abraza mucho más fuerte.

—¿Estás bien? —pregunta al mismo tiempo que le siento respirar sobre mi cabeza. Un cosquilleo agradable se reparte por todo mi cuero cabelludo, como si unas pocas mariposas batieran sus alas sobre él.

Le palmeo por los hombros con suavidad y, a regañadientes, él se retira un poco hacia atrás para que pueda girarme dentro de su abrazo.

—Has estado en contacto con mi madre —afirmo.

—Vaya... Matahari a tu lado hubiera perdido el trabajo —dice con un ronroneo seductor. De pronto, apoya solamente una mano sobre la zona baja de mi espalda y desliza la otra suavemente por mi brazo. Entonces, toma mi mano con el

móvil en ella y levanta una ceja—. Parece ser que no soy el único que es de naturaleza desconfiada, ¿no crees?

Casi caigo en el error de justificarme, pero esta vez consigo quedarme callada el suficiente tiempo para que él no cambie de tema.

—Está bien. Sí, he estado en contacto con ella —concede al fin.

—¿Y hay algo más que debería saber? —continúo imperturbable. Me siento como si estuviera poniendo del revés a un ladrón y sacudiéndole para que saliese de los bolsillos todo lo que ha robado.

Alex muestra una sonrisa ladeada.

—No sabría ni por dónde empezar —murmura por lo bajo, desviando la mirada hacia el techo al mismo tiempo que se rasca la cabeza.

Arrugo el ceño.

—¿A qué te refieres? —pregunto confusa, no sé si se refiere a mi madre o a más cosas que

puede estar escondiéndome.

Él se muestra repentinamente esquivo. Me suelta, se gira sobre sus talones con un aire misterioso y se mete descalzo en el baño sin darme una respuesta.

En estos momentos, mientras lo observo, tiene todo el aspecto de un personaje de libro de fantasía con aquella bata oscura y la expresión astuta en su cara. Y siento que tengo ante mí una versión contemporánea de Kvothe, el legendario y escurridizo asesino de reyes.

Alex agarra el cepillo de dientes, uno de los dos que hay en un cubilete de plástico que imagino que alguien del servicio de la casa se ha encargado de colocar para nosotros. De inmediato, le quito el cepillo de las manos y luego lo hundo en medio de sus dos pectorales cuadrados de modo amenazante.

—Alex..., espero no tener que meterte un cuchillo en la ranura de tu boca para sacarte toda

la información. Solo hacía eso con mi hucha de cerdito en primaria, pero estoy dispuesta a intentarlo contigo si sigues guardando silencio — digo fingiendo un tono enfadado, y entonces dulcifico mi voz—. ¿Qué has querido decir con eso de que no sabrías ni por dónde empezar?

Él sube la vista del cepillo de dientes apuntándole al pecho hasta mis ojos.

—Tus hermanos están esperando, Beca.

—Mis hermanos están muy bien en estos momentos, Alex. Acabo de hablar con ellos. Pueden esperar un poco más.

—¿Y qué me dices de mi aliento mañanero, mi musa? ¿Estás dispuesta a escuchar toda la historia así? —dice, y abre la boca, a punto de ponerme a prueba. Hundo más el cepillo en su pecho.

—¿Tu aliento puede ser peor que lo que tengas que contarme? —replico.

Alex esgrime una sonrisa de diversión e incluso de admiración durante unos instantes, pero

luego sus ojos se vuelven mucho más afilados. Su mirada más intensa y profunda. La boca se le transforma en una línea firme y el puente de la nariz se le frunce en dos montículos de piel.

Sin previo aviso, se echa hacia delante, enjaulándose entre el lavamanos integrado en la encimera de piedra y su cuerpo invicto. La mirada ensombrecida del rostro de Alex me atraviesa y los latidos del corazón se me disparan.

Sus siguientes palabras me roban el alma y abren una peligrosa puerta.

—¿Qué pensarías de mí si supieras que dejé que mi hermano sufriese abusos en mi lugar de otro hombre, Beca? La pregunta queda suspendida en el aire como una mancha imborrable que captura el tiempo, lo absorbe y lo encierra.

Capítulo 41

BECA



Me quedo petrificada.

La boca se me ha quedado seca y las palabras no me salen, pero no puedo seguir pensando, justo en ese mismo momento, somos interrumpidos por alguien que repiquetea sobre la puerta de la habitación.

Alex aprieta los labios.

Noto cómo su expresión contraída de rabia desaparece y es remplazada por una de cautela.

—Debe de ser mi padre —informa con rigidez.

Yo todavía sigo sin habla, demasiado espantada por la pregunta que acaba de hacerme.

—Alex... —lo freno en cuanto noto que se gira.

Él me lanza una mirada vacilante, pero de nuevo vuelven a llamar, distrayéndolo una vez más. Suspira disgustado con la frente arrugada y después echa a andar a largas zancadas hacia la puerta.

—¿Quién? —gruñe lo bastante alto para que quien sea que esté al otro lado del pasillo le oiga.

De algún modo, mis terminaciones nerviosas consiguen conectar las unas con las otras y salgo de mi estado de *shock*. Voy hasta Alex.

—Espera. Aún... —empiezo a decir y le tomo del hombro para que se detenga y no abra la puerta todavía, pero calculo mal y en lugar de agarrarlo a

él tiro de su bata hacia atrás, justo al mismo tiempo que su padre entra en la habitación.

Al principio, Dmitry se nos queda mirando a ambos con cara de sorpresa y, después, como si acabara de sacar sus propias conclusiones de la escena, se remueve incómodo e incluso llega a ruborizarse.

—Eh, mi musa... ¿Por qué no me dijiste que querías ponerte más romántica? —dice Alex con un deje de réplica detrás de sus palabras burlonas, y lanza una mirada significativa hacia mis manos, que todavía sostienen su bata.

Una oleada ardiente invade mis mejillas y estas se encienden como luces de semáforo. Suelto rápidamente la prenda de nuevo sobre los hombros de Alex, del mismo modo que si nada acabara de suceder y él no me hubiese hecho aquella pregunta tan extraña hace unos instantes.

Temo que haya querido burlarse de mí, pero entonces recuerdo la intensidad de su mirada y sé

que no puede ser así.

—Lo siento, esperaré fuera a que terminéis —dice automáticamente Dmitry con cara impasible.

—Alex solo estaba bromeando —digo con una sonrisa amable para tranquilizarlo, aunque por dentro soy un mar de nervios.

—Lo cierto es que no —me contradice Alex sin molestarse en volver a colocarse la bata. Debajo solo lleva los bóxers ajustados, lo que no ayuda en absoluto a aclarar el malentendido—. Pero no es lo que te imaginas, papá. —Respiro aliviada, no obstante me he adelantado. Alex todavía no ha terminado de hablar—. A Beca le gusta quitarme primero la ropa antes de desvestirse ella. Eso es todo.

Le pego un codazo y Alex suelta un jadeo ronco.

Noto que está a punto de hacer otro comentario, y le tapo la boca.

—Lo siento, Dmitry. No hemos podido

descansar demasiado —explico y trato de poner un matiz angustiado en mi voz.

Alex deja escapar el aire a través de mis dedos de tal modo que da a mis palabras otro sentido mucho menos decoroso. Aparto la mano.

Me aclaro la garganta y le miro ceñuda.

—No te molestes, Beca. Es mi hijo, sé como es. —Alex vuelve a reírse por lo bajo—. O al menos ahora lo conozco mejor —aclaro imperturbable Dmitry—. Necesito que hablemos hoy, Alex. Te esperaré en mi estudio antes de comer —ordena de tal modo que no tenga opción a rechazarlo.

—Os dejaré solos para que habléis ahora, no es necesario que lo retraséis por mí —digo solícita y trato de pasar rápidamente inadvertida por delante de ellos dos, pero al instante Alex rodea mi muñeca y me atrae hacia él como si acabara de leerme la mente.

Mi cuerpo choca contra el suyo, sólido como

una roca.

—Yo también tengo que hablar contigo, papá, pero tendrá que ser esta noche durante la cena, antes llevaré a Beca a su casa y daré una explicación de lo sucedido a su familia.

Noto cómo la tensión se refleja en la mano con que Alex rodea todavía mi muñeca y me quedo en silencio.

Una dura batalla de voluntades entre los Kirov se acaba de establecer, y siento que una marea de chispas eléctricas cubre el espacio que separa a los dos. Ambos son altos, guapos e irradian una gran fuerza.

—Está bien —concede despacio Dmitry sin apartar la mirada de su hijo. Lleva un conjunto de jugar al golf, completado por unos atrevidos pantalones a cuadros que él luce con la gracia y elegancia de un empresario de éxito, pero sus ojos son igual de avasalladores que los de Alex tras aquella superficie azul de hielo—. Iván os

acompañará —anuncia, y añade en un tono mucho más serio—. Tened cuidado los dos.

Capítulo 42

BECA



Me muerdo el labio inferior y trato de concentrarme en lo que acaba de preguntarme Marta. Hoy es mi día libre, pero hemos estado toda la tarde encerradas en mi habitación, ella leyendo y yo trabajando en el disfraz que Natalia necesita para el festival de su colegio dentro de unas semanas.

—Me refiero a lo mucho que ha cambiado tu hermano en todo este tiempo. Víctor viste y habla como el líder de una banda, incluso hoy vi su pecho ¡y tiene abdominales! —señala Marta incómoda y con admiración al mismo tiempo—. Pero eso no es nada, al llegar me ha tirado los tejos. Me ha costado una barbaridad esquivarlo.

—¿Víctor? —digo con una carcajada. Trato de imaginar la situación de mi guapo y silencioso hermano de dieciséis años coqueteando con ella y niego con la cabeza—. Quizá lo malinterpretaste.

Marta baja ligeramente ofendida la vista a sus manos, donde sostiene una edición de *Orgullo y prejuicio* que ha tomado de la segunda balda de la única estantería que hay, porque la habitación no tiene espacio suficiente para albergar más muebles aparte del escritorio, un viejo armario que se abre por iniciativa propia y la cama.

Me inclino hacia ella. Está ruborizada.

La observo con una renovada curiosidad.

Se ha puesto unos vaqueros de azul claro muy ajustados que no dejan lugar a la imaginación y, como yo, está sentada en el suelo con las piernas cruzadas sobre la alfombra de pelo corto que compré hace unos días en un mercadillo, en el único lugar del cuarto que no he convertido en parte de un jardín de infancia. Noto como Marta aprieta las tapas del libro hasta que la piel bajo las uñas de sus dedos empalidece.

La tomo del hombro que tengo más cerca y ella automáticamente levanta la cara. Tiene una expresión de lo más extraña.

—Marta..., ¿tal vez mi hermano te ha dicho o ha hecho algo grave? —pregunto mirándola muy fijo a los ojos—. Puedes decírmelo, no me enfadaré.

—No —responde de inmediato—. Por supuesto que no.

Suelto el aire aliviada.

—Vaya, me habías asustado —me tranquilizo.

—¿No vas a decir nada más? ¡Tu hermano es dos años más pequeño que yo, Beca! —exclama y parece realmente sorprendida.

—Bueno, yo soy dos años menor que Alex —respondo despreocupadamente. Me quedo sin hilo rosa, y busco el carrete que he utilizado antes para tomar más. Marta me ayuda a cortar el hilo.

—Es diferente, Beca. Cuando Alex se te lanzó encima, tú ya no jugabas con Barbies y ya habías leído a Megan Maxwell.

—Bueno, mi hermano nunca ha jugado con Barbies si eso es lo que te preocupa —replico molesta. La punta del hilo está ligeramente deshilachada y la humedezco un poco con mi boca.

Marta cierra el libro con uno de los dedos de la mano izquierda dentro para señalar el lugar por donde se ha quedado en la lectura, y me lanza una mirada exasperada.

—En eso estás equivocada. Sabe jugar muy bien, en especial con las que son de carne y hueso.

Si lo hubieras visto fregar los platos conmigo y de qué manera mientras vosotros estabais en el salón... —la escucho tomar aire y estremecerse—, empezarías a preocuparte.

Extiendo una larga lámina de fieltro rosa y recorto con calma la última forma de un pétalo dibujada a lápiz en él. Después, lo preparo para coserlo al disfraz.

Respondo sin mirarla.

—Víctor necesita tiempo, es el único que sabe sobre la enfermedad de mi madre —explico pacientemente mientras paso el fino hilo rosa por el diminuto ojal de la aguja metálica. No añado lo que Marta ya sabe, que Víctor también está al tanto de que nuestro padre pasó estos dos años en la cárcel debido a la estafa de su socio, y no con otra mujer como la mayoría cree.

Marta parece calmarse un poco. La escucho aclararse la garganta y mirar alrededor.

—¿Y Natalia? Hoy no la veo por aquí, y es

difícil no notarla —añade y se lleva la mano con aire distraído al moño, que recoge su corto cabello con la ayuda de un palillo ornamentado similar al de las chicas japonesas.

Aprieto los labios.

—Estos días se está quedando a dormir con mi padre, así que tengo la habitación entera para mí sola —respondo sin perder la concentración en lo que estoy haciendo.

Marta asiente y luego se echa hacia atrás, para apoyar mejor la espalda en el borde lateral de la cama mientras me observa críticamente. Todo el sujetador negro se transparenta a través de su blusa blanca. No lo había pensado hasta ahora porque Víctor disimula muy bien sus sentimientos delante de todos, pero puedo entender hasta cierto punto la razón por la que mi hermano podría sentirse atraído por ella. Marta es sexy, carismática y casi siempre está en nuestra casa.

Una pequeña gota de sudor se me desliza por

una de las sienes mientras lucho por hacer la puntada más pequeña para que el hilo no se vea. Desde hace un tiempo, cada vez que mamá regresa del hospital siempre tiene frío, por eso en estos momentos la calefacción esta puesta. Antes no hubiéramos podido darnos un lujo semejante, ahora es una necesidad. Y también un gasto que cubre mi padre.

Noto que Marta sigue estudiándome con atención, sé que quiere preguntarme por mi madre, pero no lo hace, y lo agradezco. En pocas semanas se someterá a la cirugía para extirpar el tumor. El doctor habla de porcentajes positivos, de casos similares y numerosos en los que el paciente se ha recuperado satisfactoriamente. La tecnología y los avances médicos han experimentado cambios muy rápidos y para bien en los últimos años, y a eso nos agarramos todos, yo la primera.

Mientras tanto, en la consola del recibidor se van amontonando los panfletos con información

que nos envía AECC, la Asociación Española Contra el Cáncer, y de diversos grupos y fundaciones. El resto de muebles de la casa tampoco se salva. Cualquier lugar medianamente plano acaba siendo víctima de nuestra preocupación por mamá en forma de prospectos, libros y DVD. Nada parece ser bastante. Mamá, en cambio, permanece dura ante nosotros, pero incluso hay días en los que ni siquiera ella tiene la fuerza suficiente para escondernos todo su dolor.

Durante esos cortos periodos enviamos a mis hermanos más pequeños a casa de Marta o de la vecina, y el piso se vuelve muy silencioso.

Debido a esto, por el momento Alex y yo hemos decidido tácitamente no vivir juntos, obligados a centrarnos en nuestros problemas más apremiantes. Como consecuencia, también todos los encuentros que hemos tenido se han reducido a rápidas e intensas visitas. Él me tranquiliza, y me hace olvidar.

—¿Y tú, Beca? ¿Qué tal lo llevas? —se interesa Marta interrumpiendo mis pensamientos al cabo de un rato. Noto lo pendiente que está, y sonrío para tranquilizarla.

—Bien —respondo, y hundo de nuevo la aguja a través del fieltro rosa brillante que tengo en la mano, para terminar de coser el último pétalo al disfraz de flor—, es mejor de lo que pensé —confieso—. Tanto mi padre como yo mantenemos las distancias, pero somos respetuosos el uno con el otro, sobre todo por mi madre y porque ahora es él el que se hace cargo de todos los gastos de la casa. Tijeras —añado.

—Uno de los pétalos está torcido —señala Marta una vez que me ha pasado las tijeras.

—Lo arreglaré, gracias.

—Intenta no torcerte tanto, Beca, vas a hacer que tu hermana parezca una flor mustia —comenta colocándose casi por encima de mí, y haciéndome sombra de modo que no puedo ver bien.

—¿No vas a seguir leyendo? —pregunto con el ceño arrugado. Ella se echa hacia atrás, captando la indirecta.

—Puedo hacer dos cosas a la vez. ¿Por qué no compras uno ya hecho como todo el mundo hace?

—No puedo —niego con una sonrisa de diversión al verla tan interesada en lo que estoy haciendo—, le hice una promesa a mi hermana pequeña. Todos los compañeros de su clase tendrán uno hecho a mano por sus madres, y mi madre necesita descansar en estos momentos. Cada vez está más débil.

—A este ritmo creo que lograrás terminarlo después de Noche Vieja e incluso esto empiezo a dudarlo, Beca —dice Marta conteniendo la emoción en su voz. Sé que intenta cambiar de tema, porque puede ver a través de mí toda la preocupación que tengo sobre la enfermedad de mi madre—. Trae, te ayudaré y así podrás acabarlo antes.

Me distraigo por un instante y pincho con más fuerza de la necesaria el tejido. La punta afilada de la aguja me atraviesa parte de la yema del dedo pulgar. Aparto la vista de inmediato y suelto una exclamación nada habitual en mí.

—Ahora Natalia parecerá una flor desvirgada —comenta Marta entre risas.

—Baja la voz —le chisto con una breve sonrisa que no me llega del todo, estoy por completo descentrada—. Vamos a despertar a todos —le recuerdo.

Rápidamente y sin mirar, me limpio la sangre con el pañuelo de papel que Marta acaba de darme.

—Solo me falta práctica. Lo terminaré y será un precioso disfraz. Ya lo verás —aseguro insuflando de motivación mis palabras, pero de repente me he puesto muy nerviosa. Siento que estoy a punto de desmoronarme.

Noto como Marta me observa suspicaz y que

está a punto de hacer un comentario cuando mi móvil comienza a vibrar escandalosamente sobre la mesa. Ella está más cerca que yo. Se levanta, lo toma y le echa un vistazo a la pantalla antes de pasármelo con una sonrisa cómplice.

—Cómo no, Alex —anuncia, y junta los labios en un mohín seductor.

Mi cuerpo se relaja de inmediato. Incluso si no está a mi lado, Alex siempre consigue aplacar mis emociones más oscuras.

Contesto a la llamada y el repentino alivio que había sentido hace tan solo un instante desaparece. Mi oído derecho se llena de música a todo volumen y gritos incomprensibles.

Entrecierro los ojos y aparto un poco el teléfono.

—¿Alex? —pregunto, pero nadie responde. Un segundo después, un fuerte golpe de puerta retumba a través del altavoz y el ruido de fondo se atenúa un poco—. ¿Alex? —repito en voz mucho

más alta.

Marta baja el libro hasta su regazo y alza las cejas de modo inquisitivo. Me sacudo de hombros.

—¿Alex? —vuelvo a insistir.

—No. Soy Sara, la jefa de Alex. —Mi cuerpo se tensa al instante como la cuerda de una guitarra, a la espera de que diga la razón por la cual ella tiene el móvil de Alex y no su dueño—. Necesito que vengas al Florida Night, cariño. Alex no está bien. El muy idiota ha bebido demasiado esta noche y no entra en razón. Le he dejado a cargo de la persona que ha venido con él, pero está a punto de...

Unos fuertes golpes suenan al otro lado de la línea en ese momento y ella para de hablar. Trato de no pensar en lo que eso puede significar, pero me resulta imposible. Pasan unos largos y angustiosos minutos, y Sara no dice nada. Solo se escuchan gritos incomprensibles que me ponen los pelos de punta.

¿Qué ha querido decir sobre Alex? ¿A punto de qué? Cuanto más intento no pensar en él, más me pregunto qué es lo que está haciendo y en compañía de quién.

Capítulo 43

BECA



El corazón me palpita en los oídos y me esfuerzo en ahuyentar la creciente punzada de sospecha en el pecho. Dejo caer con más fuerza de la necesaria el disfraz de Natalia sin acabar a un lado, y me pongo de pie sobre la alfombra de cuadros verdes y blancos donde estaba sentada hace un segundo.

Para tranquilidad mía, escucho de nuevo la voz de Sara, pero no se está dirigiendo a mí.

—¡Ni hablar, Domingo! ¡Diles a los del equipo nacional de halterofilia que no intenten levantar las mesas de nuevo con mis chicas encima! Ya he tenido que mandar a casa a tres de las camareras con lesiones leves —vocifera Sara de tal modo que tengo que alejar el móvil a una cierta distancia para no quedarme sorda.

Marta me hace un gesto interrogante de barbilla y yo niego con la cabeza para que espere a que le explique después.

Me calzo las Converse negras y voy directa a por el bolso. Trato de no estimular mi imaginación y ponerme en lo peor.

—¿Sara? —la llamo con rigidez sin salir todavía del cuarto, pero con la mano puesta sobre el picaporte.

—Lo siento, cariño, tengo que dejarte. Por favor, no te retrases mucho. Hoy tenemos

demasiado jaleo —dice, y de nuevo alza la voz—. ¡Domingo! ¡Por el amor de Dios, tesoro! ¡Dónde te has dejado las pelotas! ¿Con los del equipo nacional de baloncesto? —Continúa hablando, pero no llego a escuchar el resto, la línea se corta de forma abrupta, de modo que no puedo hacer ninguna pregunta.

Me suelto el pelo y me lo peino rápidamente con una mano. No tengo mucho tiempo para más.

Sara no ha sido en absoluto de ayuda. Siento como si un frenesí de oscuras imágenes pasara por mi cabeza en muy poco tiempo. Últimamente Alex ha estado sometido a bastante presión por su padre, quien de algún modo ha logrado convencerlo para que participe en los negocios de su empresa, sorprendiendo a todos, incluida a mí misma. ¿Y si...?

A mi lado, Marta se ha levantado también y me observa sin decir nada.

—Sara necesita que vaya al Florida Night —

explico.

—Lo sé, lo he oído todo. —Pensativa, echa un vistazo por la ventana de la habitación—. Ya es de noche, Beca, y pronto cerrarán el metro —me recuerda.

—Pediré un taxi a la vuelta, no te preocupes, me las arreglaré —la tranquilizo al mismo tiempo que salgo de la habitación a paso rápido.

Ella me toma por el brazo y hace que me gire.

Marta tiene una expresión decidida en el rostro.

—Voy contigo —anuncia en un susurro para no despertar al resto de mi familia, y me pasa una chaqueta gris, que debe de haber tomado de la silla de mi habitación antes de seguirme—. Afuera hace frío —explica.

—Gracias —murmuro y me ajusto la chaqueta de lana gruesa sobre los hombros sin detenerme. Esta me llega hasta las rodillas y oculta la mitad de mis vaqueros, abiertos a diferentes alturas.

Justo cuando estamos a punto de marcharnos, mi padre sale con aspecto soñoliento del salón donde duerme todas las noches, y yo hablo antes de que él diga nada.

—Tengo que ir a solucionar un asunto. Regresaré tarde... En caso de que ocurra algo, por favor, llámame —digo rápidamente mirándolo solo lo justo, y antes de que él responda o que pueda impedir que nos marchemos, ya hemos salido por la puerta.

Media hora más tarde, nos encontramos estancadas en el centro mismo del Florida Night.

Un grupo de atletas altos como cipreses nos ha rodeado y nos es imposible ver más allá de sus enormes cabezas y sus músculos. Todos son rudos, fuertes e impresionantes, pero ante todo lucen en sus rostros la felicidad reciente de una gran victoria. Están celebrándola.

Varias olas de calor me envuelven el cuerpo a medida que el círculo se estrecha más y más con

nosotras en el medio mientras bailan, y siento cómo toda la ropa ya húmeda se me adhiere a la piel igual que la monda a una patata cocida. Un sudor frío se me introduce por el cuello de la camiseta.

Arrugo la nariz, todos ellos apestan a feromonas y sobre todo a alcohol. Algunos incluso dan traspiés mientras bailan, e intuyo que podrían ser peligrosos para nosotras si se nos caen encima.

Como una broma, *Looking For You*, de Justin Bieber, suena de fondo a todo volumen.

¿Dónde podrá estar Alex?

Marta y yo intercambiamos una mirada de preocupación. Estos gigantes deben de ser los levantadores de pesas de los que oí hablar a Sara por el teléfono a uno de sus empleados.

—Voy a intentar que nos dejen paso —grito sobre el oído de Marta.

Ella asiente con un gesto firme de cabeza; no obstante, en el momento en que la dejo sola, uno

de ellos la convierte en el relleno de un sándwich junto a otro de sus compañeros. Marta me mira con sus ojos saltones pidiendo auxilio, y de nuevo regreso a su lado. De un tirón consigo sacarla, pero no acabamos mucho mejor.

—¡Eh! —protesta el atleta con pelo corto y rizado contra el que acabo de chocar. La cara le brilla de sudor, pero tiene unas facciones redondeadas con una sonrisa amable. Por suerte no parece enfadado. De pronto, su expresión cambia y los ojos se le abren con sorpresa—. Yo también soy fan de *Breaking Bad* —grita en mi cara y tardo unos segundos en darme cuenta de a qué se refiere. Bajo la vista hasta mi camiseta amarilla de *Los Pollos Hermanos*. La chaqueta no ha logrado cubrirla del todo—. Al menos me he visto cinco veces todas las temporadas, ¿sabes?

Sonríó tensa, puede que sea agradable, pero de cerca huele igual de horrible que sus compañeros.

—Perdona, pero estoy buscando a alguien y

necesito salir de aquí, ¿te importaría...? — empiezo a preguntar, pero me detengo cuando me percato de que el chico ha deslizado con tremenda habilidad un brazo en torno a mi cintura. Sin darme tiempo a reaccionar, me atrae hacia él. De inmediato, introduzco el bolso entre ambos clavándoselo en la zona baja de sus pantalones.

—No —digo y le miro muy seria hasta que él me suelta.

—Vale, vale. Lo pillo —responde y levanta las manos en son de paz. A continuación, se gira hacia otro grupo de chicas. Por suerte para él, lo reciben encantadas.

A punto de perder la paciencia, me doy la vuelta para buscar a Marta, pero descubro que esta ya no está a mi lado.

—¡Oh, Dios mío! ¡Ahora no! —juro en voz alta.

Pego varios saltos para poder ver mejor.

Mientras hablaba, el círculo de atletas se ha

abierto y ellos se han reunido unos metros más adelante. Durante una fracción de segundo, dos personas se deslizan bailando hacia un lado y descubro una figura que me es muy familiar.

—¿Víctor? —murmuro pálida.

Por si las cosas no podían empeorar... en ese preciso instante contemplo a cámara lenta cómo mi hermano se interpone de pronto entre Marta y el puño veloz de uno de los atletas, y recibe todo el golpe.

La gente empieza a moverse otra vez delante de mí y, de nuevo, pierdo la visión de lo que está sucediendo, pero no puedo quitarme de la cabeza lo que acabo de ver.

—Víctor —grito desesperada, y trato de llegar hasta él con todas mis fuerzas al mismo tiempo que rezo en silencio para que esté bien.

La masa de bailarines tira de mí hacia atrás con mayor energía y el avance se hace muy lento.

Los nervios se me crispan, la garganta me arde

mientras me hago oír entre la multitud de mi alrededor para que me abran paso. Cuando logro alcanzar tanto a mi hermano como a mi mejor amiga, Víctor está a punto de volver a ser golpeado. Él se niega a apartarse y mantiene una mirada desafiante.

Sin pensarlo, salto delante ellos dispuesta a todo y abrazo a mi hermano, quien a su vez protege con su propio cuerpo a Marta. A continuación, cierro los ojos y me preparo para recibir el impacto.

Este nunca llega.

Como si me hubieran levantado la barbilla con un dedo, alzo la vista.

Todos mis sentidos se colapsan.

Capítulo 44

BECA



Abro mucho los ojos.

A menos de un metro, Alex retiene por la muñeca el brazo musculado de aquel atleta que le dobla en corpulencia, y lo mantiene alejado de mí con una férrea y adusta expresión en la cara. El deportista se tambalea un poco y no reacciona de inmediato. Parece estar demasiado borracho.

Durante ese breve intervalo de confusión, miro a Alex entre fascinada e inquieta. Su cuerpo enjuto y fuerte está ceñido por una de sus sencillas camisetas de algodón, con los vaqueros algo caídos sobre las caderas. La camiseta blanca y de manga corta emite un resplandor azulado debido al efecto óptico producido por la iluminación ultravioleta del local, y me resulta imposible apartar los ojos de él.

Había tanta urgencia en la voz de Sara que había esperado encontrarlo de la peor manera que alguien ebrio puede llegar a estar, pero Alex parece bastante sobrio y, sobre todo, tranquilo. No obstante, en un Kirov aquella apariencia de calma puede ser todavía mucho más inquietante.

—¡Alex! —lo llamo, dividida entre el alivio y la nueva preocupación que supone su presencia allí, pero no me oye entre el ruido y la tensión que se ha deslizado en el ambiente—. ¡Alex! —grito todavía más alto e ignoro el ardor que se extiende

por mi garganta al forzar la voz.

Al oírme, él inclina levemente la cabeza hacia atrás y me mira profundo a través del océano helado que rodea sus penetrantes pupilas. Sus facciones se suavizan, pero solo por un instante. Después, hace un gesto brusco de cabeza para que tome una distancia de seguridad.

Aún no he empezado a levantarme, cuando veo volar una enorme mano sobre nuestras cabezas.

—Alex, cuidado —chillo, y dejo de lado por un momento la preocupación que siento por mi hermano y Marta.

No obstante, Alex ya lo ha visto venir y lo esquiva justo a tiempo. El atleta se enfurece todavía más por su falta de éxito, y trata de desenredarse de la sujeción al igual que un elefante acorralado. Alex gira la mano para mantener a raya al atleta, y el movimiento le estira la camiseta, marcando cada fibra curva y dura del pecho y los hombros. De nuevo, su contrincante

intenta liberarse, pero Alex lo somete una vez más.

Entrecierro los ojos. Alex parece diferente, más masculino y fuerte, como si hubiera vendido su alma al gimnasio durante las últimas semanas.

—¡Salid de aquí! —grita haciéndose oír por encima del tumulto, y aunque no nos está mirando en estos momentos, sé que se refiere a nosotros.

Con el corazón acelerado, me vuelvo hacia Víctor. Se ha puesto el tipo de ropa que suele llevar Alex, vaqueros raídos y una camiseta básica de color negro que se extiende a lo largo de una amplia espalda masculina. Parece más adulto y fiero.

De repente, soy muy consciente de que me he perdido el momento en el que la diferencia de edad entre hermanos desapareció y de que ya es todo un hombre.

Le toco el hombro para llamar su atención, y él se gira con una sacudida violenta que solo logro esquivar por puros reflejos. El fuerte golpe que

acaba de recibir lo ha debido de dejar desorientado.

Apenas consigo tomarle de las dos mejillas con las manos antes de que trate de empujarme de nuevo.

Le obligo a mirarme.

—Soy yo, Víctor. Beca —grito sobre su cara, para asegurarme de que me oiga bien por encima de toda la música y el ruido. Él abre mucho los ojos—. ¿Puedes levantarte? —pregunto a toda velocidad, y le suelto con un suspiro de alivio al ver que por fin me ha reconocido.

Víctor confirma con un gesto duro y, antes de que pueda preguntarle nada más, ya se ha dado la vuelta para ayudar a Marta. Esta permanece todavía arrodillada en el suelo del local y se abraza a sí misma como un capullo de flor mecido por el viento. Noto enseguida que algo no va bien cuando se pone de pie y la veo tambalearse con una mueca de malestar. De inmediato, Víctor se

pasa uno de los brazos de Marta por los hombros y la acerca a su cuerpo con una mano sobre la cintura, a pesar de que él también debe de estar soportando un dolor importante en estos momentos.

Observo que Marta trata de apoyarse lo mínimo posible en él, como si mi hermano fuera la fuente de un gran fuego capaz de devorarla entre llamas. Esta es la primera vez que la veo reaccionar con pudor frente al sexo masculino, pero no tengo mucho tiempo para pensar en ello.

—Debemos salir de aquí. ¡Vamos! —advierte Víctor y me toma del brazo con la mano libre.

De inmediato, me suelto. Lanzo una mirada a Alex de inquietud. Lo está haciendo bien, pero no podrá seguir esquivando a aquel tipo durante más tiempo sin recibir algún golpe.

—No. Idos vosotros antes, yo debo quedarme con Alex —me niego en rotundo.

Mi hermano frunce el ceño y le oigo incluso

mascullar un juramento fuerte no apto para menores.

—Al cuerno. Esto es peligroso, Beca. No puedes quedarte aquí sola. Vienes con nosotros — ordena Víctor y me agarra de nuevo del brazo—. Estoy seguro de que Alex también quiere esto.

Desplazo mi mano libre sobre la suya que me rodea y ambos hacemos presión al mismo tiempo que peleamos con la mirada.

Marta mira de uno al otro cada vez más inquieta, pero toma la inteligente decisión de mantenerse al margen. O tal vez no tiene fuerzas para enfrentarse a los dos al mismo tiempo.

De reojo echo otro vistazo a Alex, pero alguien se coloca por delante de nosotros y me tapa la visión. Esto se está llenando cada vez de más gente. Inquieta, observo que hemos sido arrastrados unos metros hacia atrás.

Solo hay una manera de acabar con esto. Cierro los ojos un instante y, cuando vuelvo a

abrirlos, hablo con absoluta calma.

—Dime, Víctor, ¿por qué no dejaste que golpearan a Marta? —Mi hermano afloja la sujeción sobre mi muñeca, pero no responde. Marta adelanta su cuerpo, intuyo que con la intención de oír mejor la conversación, y Víctor parece darse cuenta de ello—. Bien, yo también tengo mis razones —contesto por él—. Solo te pido que las respetes —concluyo.

—Beca... —dice mi hermano con la mandíbula apretada. Los ojos le brillan llenos de obstinación, pero no sigue hablando porque, justo en ese momento, Marta se dobla por la mitad como un espagueti recién cocido.

—¡Marta! —exclamo muy preocupada por ella. Tiene la cara perlada de sudor y de lágrimas.

Con la cara torcida en un gesto de tensión, Víctor la levanta en brazos y la apoya en su pecho, de modo que la cabeza de Marta le cae entre el cuello y parte del arco del hombro. El repentino

impulso debe de marear a mi amiga, porque veo cómo ella se cubre la boca con las manos, pero ya es demasiado tarde. Un olor desagradable y agrio dilata los orificios de mi nariz.

—¡Oh, no! Mierda. Lo siento, Víctor —solloza. A pesar del bochorno, Marta todavía parece estar débil y claramente necesita salir con urgencia de aquí. Arrugo la nariz y trato de no fijarme mucho en la expresión horrorizada de mi hermano.

Víctor me lanza una mirada tensa y después a Marta, como si estuviera discutiendo consigo mismo cuál es la mejor opción.

—Está bien —accede finalmente, todavía no demasiado convencido de dejarme atrás—. Iré a pedir ayuda.

Una docena de deportistas de élite con camisetas azules se ha arremolinado ya a nuestro alrededor como abejas a la miel para animar a su compañero. Sin perder más tiempo, ayudo a mi

hermano y a mi mejor amiga a pasar por el único hueco libre que hay, y luego me vuelvo para encontrar a Alex.

Una vez que lo he localizado, alzo la cabeza en busca de ayuda y veo a Sara. Acaba de subir a la cabina del DJ y habla con uno de sus guardias de seguridad al mismo tiempo que lanza miradas hacia nuestro pequeño círculo.

—¡Pelea! ¡Dale duro a ese capullo!

Los gritos cargados de adrenalina aumentan y se expanden entre el corro de espectadores como fuegos artificiales.

Alarmada, descubro que el atleta ya se ha liberado y se dispone en estos momentos a agarrar a Alex con los dos brazos por detrás de la espalda, para aprisionarlo hasta dejarlo sin aire. Nadie parece dispuesto a separarlos.

Sin detenerme a pensarlo mucho, arrebató el vaso alargado y lleno de alcohol a dos de los clientes, que se han llevado consigo la bebida. Un

segundo después, lanzo con todas mis energías ambos recipientes a modo de proyectiles contra la parte de atrás del atleta.

Este se queda un momento quieto, y se da la vuelta para entender qué es lo que acaba de suceder. Alex aprovecha la distracción y con todas sus fuerzas, hunde la rodilla en la entrepierna de su oponente.

—Eso por mi hermano, gilipollas —grito satisfecha al ver al deportista borracho retorcerse de dolor en el suelo.

—Esa es mi chica —dice Alex con una sonrisa de diversión. A continuación, agarra mi mano y tira de mí hacia la marea de bailarines sin mirar atrás—. Salgamos —dice con un gesto mucho más apremiante.

No obstante, cada vez avanzamos más lento y me veo obligada a apretar el bolso contra mí para que no se pierda entre la masa de personas. A su vez, Alex me atrae contra él y me desliza un brazo

protector por el estómago mientras con el otro evita que una pareja demasiado excitada por la música nos aplaste.

—Hay demasiada gente —advierte Alex.

Acto seguido, cuadra la mandíbula y alza la cabeza para ver mejor por delante de nosotros. Noto cómo cada terminación de su cuello se alarga y le marca la nuez igual que una pequeña montaña de arena en el desierto liso de su piel.

Alex traga saliva.

Definitivamente, algo no va bien. Apoyo una mano sobre su pecho y él vuelve la cara en mi dirección de nuevo.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

Sus ojos me miran muy fijo antes de contestar.

—Hay otra pelea delante. La salida está bloqueada —anuncia sobre mi oído. Su aliento peina la fina pelusa de mi oreja—. Tendremos que esperar.

Al escuchar su respuesta, un hormiguelo de

inquietud se esparce sobre mi columna vertebral.

—¿Víctor...?

—No, no es él —confirma de inmediato Alex

—. ¿Estás bien?

No puedo seguir aquí parada. Alex me abraza más fuerte como si intuyera mi preocupación. Cada parte de su cuerpo rellena cada hueco del mío, pero no consigo tranquilizarme. No estoy acostumbrada a esto, sino a correr al aire libre. A estar siempre en movimiento constante.

—Estoy bien, solo...

No logro terminar la frase, no hay suficiente aire en el local. Respiro como un pez fuera del agua, estremecida.

Capítulo 45

BECA



—Dame tu mano y cierra los ojos —ordena Alex. Hay cierta magia en cómo sus labios se mueven, como si solo precisara leerlos para entender cada palabra sin necesidad de escuchar su voz. Hago lo que dice y, a continuación, él conduce mi mano contra la zona sensible de su garganta. Noto el calor de su piel, y la palpitación

de sus latidos es como un tatuaje marcado y repentino contra mis dedos—. ¿Puedes sentirlos, Beca?

—Sí —respondo muy concentrada. Recupero el ritmo de mi respiración.

—Cuéntalos —dice y me toma de las mejillas, encerrándome frente a los dos arcos hipnóticos de sus iris. He abierto los ojos, y Alex vuelve a cerrármelos con los pulgares en una suave caricia —. Ahora piensa solo en ti, en mí y en esto — añade y sin previo aviso, me besa.

Estoy paralizada.

Alex intensifica la presión de su beso y eso me hace despertar poco a poco del trance. Sabe a alcohol, Sara no ha mentido al menos en eso. Me aparto y hundo mis manos en su pecho para separarlo.

—Creo que me siento mej... Sin darme tiempo a terminar de hablar, él vuelve a cubrirme la boca con la suya y mis propios murmullos se pierden

entre sus caricias persistentes. Debo haberme vuelto loca para ceder a esto ante tantas personas, pero hay algo ligeramente seductor en la atmósfera y en el hecho de que no podamos movernos demasiado.

El cuerpo entero me arde como una cerilla recién encendida, mientras la gente nos empuja y nos aproxima más el uno al otro.

Cierro con suavidad los ojos, abro por fin los labios y le toco la lengua con la punta delicada de la mía.

«Kiss it, kiss it better baby» entona Rihanna de fondo. Una ola de calor sofocante me entra en el cuerpo y lo único fresco que siento es el *piercing* duro en su boca. Lo succiono con fuerza y noto cómo eso le excita.

«Kiss it, kiss it better baby» repite la canción y suena cada vez más alto. Alex me acaricia más apasionadamente la cara y al mismo tiempo sus largos dedos se introducen bajo mi cabello como

serpientes escurridizas. Me aprieto contra su cuerpo. Hundo las uñas en su pecho y tiro de su camiseta.

Mientras lo beso, vuelo igual que una mariposa perdida entre las dos mitades de mi conciencia, locura y sensatez, como si solo un velo fino las dividiera.

Tengo la sensación de que hubiera sido poseída por el espíritu de la canción.

«No te detengas, nena», parece que estuviera diciéndome. «Eso es, respira a través de él.» Y hago mucho más que eso, robo a Alex hasta el último resquicio de aliento de sus pulmones.

El contacto se vuelve más caliente y desesperado. Alex pone mi mundo de cabeza con cada toque de sus dedos y me hace temblar a medida que estos se deslizan por mis brazos para detenerse a la altura de mi vientre. Encojo los dedos de los pies dentro de los zapatos y siento cómo un placentero estallido de mariposas se

extiende por las paredes mi estómago. Tengo que hacer un gran esfuerzo para separarme antes de que lleguemos más lejos.

Cuando vuelvo a mirarlo a la cara, noto que una llamarada de pasión arde en los ojos de Alex, y se me dispara el corazón.

—¿Por qué no me has avisado de que venías?
—inquire Alex con curiosidad. Entonces, se fija por primera vez en mi ropa informal y su semblante se endurece—. ¿Tu madre está bien? —pregunta con cautela sobre mi oído y se retira un poco hacia atrás.

Al ver una leve arruga formándose entre sus cejas, no puedo evitar alargar la mano para alisársela con la punta suave de uno de mis dedos.

Afirmo con la cabeza.

—Ella está bien —lo tranquilizo.

No obstante, Alex todavía me mira con una expresión ensombrecida.

Estoy a punto de explicarle, cuando somos

interrumpidos por Sara. Detrás de ella, dos de sus guardias de seguridad más imponentes mantienen un espacio abierto alrededor.

Sara parece muy aliviada de encontrarnos, pero solo deja ver sus emociones por una breve fracción de segundo.

—Seguidme —indica con urgencia y se da la vuelta. Una parte de la clientela que nos rodea se echa a un lado. Y antes de que el espacio vuelva a cerrarse, Alex y yo nos deslizamos por él con la ayuda de los dos guardias de seguridad.

A pesar de lo bajita que es, la jefa de Alex se mueve con sorprendente agilidad, y pronto descubro que su curvilíneo trasero no es solo un adorno. A través de unos ajustadísimos pantalones de cebra, menea sus curvas en los instantes precisos para hacerse espacio entre la multitud.

Al cabo de un rato, conseguimos alcanzar el fondo del local. No obstante, los guardias de seguridad se quedan atrás y regresan por orden de

Sara a la pista. Todavía tienen que resolver varios de los problemas que los chicos del equipo de halterofilia han creado en diferentes secciones de la sala.

Sara es la primera en cruzar por la puerta que lleva a la zona privada de la discoteca, solo transitada por los empleados, además de por ella misma. Su exuberante melena rubia se pinta de luces multicolor por un momento antes de desaparecer en el interior.

Una vez dentro, el ruido se atenúa bastante y suspiro aliviada.

—Malditos deportistas borrachos. Están por todos lados de mi local dando problemas —jura Sara en voz alta sin aminorar el paso. A continuación, toma el móvil, uno que no es el de Alex, y hace una llamada. Es la primera vez que la veo tan enfadada—. Lo que has oído, Domingo, los quiero a todos fuera de mi local en menos tiempo de lo que tardas en contarte los dedos de

los pies. Si para entonces no lo has conseguido, no te molestes en regresar mañana a mi local.

Termina la llamada, se detiene de forma brusca y se vuelve hacia Alex, casi haciéndonos tropezar.

—¡Y tú! —dice y le hunde el dedo corazón de la mano derecha sobre el pecho—. Eres uno de mis empleados. ¿En qué coño estabas pensando para pelearte con uno de mis clientes? Ese deportista era enorme. Da gracias a que estuviese tan borracho que apenas se sostuviese sobre sus propios pies. ¿Qué hubieras hecho si ese tipo se te cae encima?

—¿Gritar «árbol va»? —sugiere Alex con una sonrisa sarcástica.

—Debes estar muy seguro de tu puesto aquí, Alex —dice Sara muy enfadada, pero su cara y su voz se suavizan antes de seguir hablando—. No solo has infringido una de las normas más importantes de este negocio. Lo que has hecho ha sido muy peligroso, no vuelvas a menospreciar tu

vida de ese modo. Mantenerse vivo es mucho más difícil que morir por una estupidez.

La sonrisa de Alex desaparece, y noto que la rabia hierve bajo su inescrutable semblante.

—Fue mi culpa, Sara —intervengo antes de que él replique con algo que moleste más a su jefa y ponga en verdadero peligro su trabajo en el Florida Night—. Si Alex no hubiera acudido a ayudar, mi hermano, mi amiga y yo no habríamos salido tan fácilmente de allí.

—Cuando la culpa es de todos, la culpa no es de nadie, encanto —cita Sara y da por zanjada la cuestión.

Yo ni siquiera estaría aquí si no hubiera sido por la llamada de Sara. Estoy molesta porque se niega a escuchar la historia completa, y esta vez es Alex el que me impide contestar con un casi imperceptible movimiento horizontal de la cabeza.

—Déjalo. Estará así hasta que se haya fumado su cigarro —advierte Alex en un murmullo.

—Te he oído, cariño —replica Sara. A continuación, ambos se embarcan en una complicada discusión sobre normas de la empresa y derechos del trabajador.

Mientras dejo que discutan entre ellos, contemplo el pasillo por el que hemos entrado. Unas elaboradas molduras de escayola, con elegantes flores esculpidas en ellas, decoran el techo iluminado por unas costosas lámparas de araña, de las cuales penden cristales con forma de lágrima y de rombo que a su vez despiden destellos hacia las paredes pintadas de un verde pálido hasta la mitad. La exuberante ornamentación clásica le da un toque teatral que coincide con la entrada del local.

Me fijo en las fotografías en blanco y negro que hay colgadas sobre la pared derecha. En todas ellas aparecen famosos que posan junto a Sara dentro de la discoteca. Ella exhibe una sonrisa orgullosa y radiante como propietaria del Florida

Night. Sin embargo, aquella en la que solo se ve la fachada de un edificio ennegrecido y en escombros es la que llama en especial mi atención. Algunas letras del cartel de la entrada están sueltas, pero todavía se puede intuir FLORIDA NIGHT en mayúsculas.

—Es una de las fotos que sacó la prensa después del incendio —explica Sara. Me sobresalto. Se ha colocado a mi lado y mira la misma fotografía—. Dos años después de la apertura de la discoteca, y mucho antes de que Alex fuera contratado, el local se incendió debido a un error en el sistema eléctrico. Cuarenta y ocho personas, la mayoría jóvenes universitarios, murieron dentro. —Al acabar de hablar, tiene los ojos enrojecidos por una emoción velada en ellos que va más allá de la simple tristeza. Intuyo que está recordando vivamente lo que sucedió.

—Lo recuerdo. Salió en todas las noticias —murmuro pensativa.

Todavía era muy joven cuando ocurrió aquello, pero mi padre lo había mencionado en las comidas durante varios días.

Sara debía de referirse a eso cuando ha dicho que mantenerse vivo es mucho más difícil que morir por una estupidez.

—Los padres de Elisa perdieron la vida en ese mismo accidente —comenta Alex a nuestra espalda, uniéndose a la conversación.

Me giro sorprendida, al mismo tiempo que recuerdo lo que Alex respondió al doctor cuando Elisa fue hospitalizada tras sufrir un ataque epiléptico en el aparcamiento del Florida Night: «Sus padres murieron en un accidente».

En ese momento di por sentado que se refería a un accidente de coche, nada parecido a esto. Ahora que lo sé, todo adquiere un nuevo sentido. En especial la reacción exagerada de Elisa aquella noche en la discoteca cuando descubrí la verdadera identidad de Alex.

—Lo sé, Alex. Los padres de Elisa eran amigos míos —confirma Sara con una expresión abstraída. Está muy pálida, como una rosa a la que le hubieran extraído el color—. Ellos fueron los que me presentaron a tu tía. —De algún modo, esa revelación no me pilla por sorpresa, porque durante nuestra cena en Londres, la madre de Alex mencionó que Sofía y la madre de Elisa habían sido como uña y carne de niñas. Sara continúa hablando y vuelvo a concentrarme en la conversación—. Ambos me ayudaron cuando apenas empezaba a montar el negocio. De cualquier manera, hay algo en lo que has dicho que debo corregirte. —Hace una pausa. La voz de Sara se torna dulcemente árida—. No fue un accidente, Alex, fue un incendio premeditado.

La tristeza ha desaparecido de los ojos de caramelo de Sara, que en estos momentos son fríos como resina fosilizada.

¿Cuántos secretos en la historia de una familia

puede haber?

Un escalofrío me sube por la columna vertebral y se asienta en mi nuca con un hormigueo de inquietud.

—¿Por qué si fue premeditado no dijiste nada a la policía? —inquiero motivada por la curiosidad.

Esto provoca una risa amarga en ella.

—¡Oh, cariño! Lo hice —responde risueña con un deje ácido—. Sin embargo, todas las pruebas desaparecieron de la noche a la mañana. El caso quedó cerrado, y para entonces yo estaba demasiado ocupada en volver a recuperar mi negocio como para buscarme más problemas.

—¿Sabes quién fue?

Sara levanta muy despacio la vista hacia Alex, que acaba de preguntar. De pronto, su mirada adquiere un brillo extraño y los labios se le tuercen en una sonrisa tensa.

—Eso por el momento... será un secreto,

cariño —responde al final.

—¿Un secreto? —la pregunta se escapa de mis labios. Tengo la mala costumbre de hablar antes de pensar las cosas.

—Oh, todos tenemos secretos, Beca. A veces son cosas que los demás no entenderían, otras veces simplemente no podemos explicarlas. — Sara alza de nuevo la vista hacia Alex, como si tuviera mucho en mente que decir. En cambio, añade—. Os acompañaré al almacén. Como Alex ya sabe, desde allí podréis acceder directamente a la calle.

Sin más, Sara se pone en marcha y gira en la siguiente esquina. De este modo, dejamos rápidamente atrás la foto y, con ella, todos sus misterios.

Unos metros antes de alcanzar lo que intuyo que es la entrada al almacén, uno de los camareros de piel tostada y con pelo rizado que ya he visto otras veces, cruza a nuestro lado y solo se detiene

el tiempo suficiente para saludar. Al alejarse, deja tras él una estela de olor a tabaco.

Sara se detiene frente a la doble puerta por la que acaba de salir el camarero y espera a que lleguemos para abrirla.

—Vosotros primero —anuncia.

Alex extiende una mano y me cede el paso.

—Las damas primero —invita con un ademán galante a su vez.

—Espera, antes enviaré un mensaje a mi hermano y a Marta para advertirles —digo y rápidamente tecleo en el teléfono.

A continuación, descendemos por unas empinadas escaleras que me obligan a mantenerme concentrada para no pisar en falso. Justo antes de bajar el último peldaño, noto una sensación eléctrica en la atmósfera que me pone el vello de punta. Entonces, levanto la mirada.

Al instante, sacudo la cabeza y retrocedo. De inmediato, Alex me toma por los hombros para que

no tropiece con el escalón.

Hay otra persona en el almacén además de nosotros.

—Sofía —digo confusa.

Uno a uno, los dedos con los que Alex sostiene mis hombros se hunden en mi piel.

Su tía está frente a nosotros y nos contempla a través de aquellos enormes ojos de gata con una expresión furiosa, apoyada como una modelo de coches sobre una extraordinaria mesa de billar ubicada a la derecha de la pared del almacén.

Una sensación de incertidumbre inunda mi estómago, pero pronto se convierte en un remolino y va adquiriendo la potencia de un huracán según empiezo a unir todos los cables.

En cuanto lo he comprendido todo, una rabia fulgurante me recorre como lava las venas, y eclosiona en mis mejillas tiñéndolas de un rojo brillante.

Lanzo una mirada a Sara de reproche, y esta la

esquiva, de pronto demasiado entretenida con la barandilla sujeta a la pared.

Sara nunca me llamó porque Alex estuviese borracho. Nunca hubo peligro de que él cometiera alguna locura.

Sara solo buscaba una oportunidad para reunirnos a los tres.

Capítulo 46

ALEX



El almacén forma parte del subterráneo de la discoteca que se salvó del incendio, y si por algún motivo alguien pretendiera librarse de una persona molesta, debido a su estructura firme como una roca y a su ubicación alejada de todo como una isla, este sería el lugar idóneo para cerrarle la puta boca para siempre.

Con la apariencia de un esqueleto de acero en forma de cubo, su interior se divide en un laberinto de secciones según el tipo de producto que se almacena. Entre ellos, las botellas, las cuales nada más llegar de la distribuidora se depositan en los estantes de una forma determinada según su clasificación: vino, licor y «otros». Si bien el vino se tumba en los estantes, los licores y «otros» han de ir de pie. No solo eso, todo el lugar está debidamente acondicionado e insonorizado, preparado para que las vibraciones de las plantas superiores no afecten aquí abajo. Mediante un costoso sistema eléctrico, se mantiene la temperatura constante y fresca, y la humedad controlada. Es por eso que aquí también la luz del techo es tenue, solo lo suficiente para facilitar el acceso al almacén.

Después del incendio, Sara no escatimó en gastos, pero no es únicamente eso lo que ha convertido al Florida Night en uno de los

establecimientos más jodidamente seguros. Sara también es una catadora exigente y tiene un don único en el paladar que con astucia le ha llevado muy lejos en su propio negocio.

No importa de qué año, marca, nacionalidad o tipo sea el vino y el licor, si el cliente lo quiere, ella lo conseguirá para él.

Sin embargo, no es lo bastante inteligente como para mantenerme alejado de todos sus secretos. Fue hace un año cuando, en una rara oportunidad, descubrí que tras la pared derecha que hay nada más salir de las escaleras donde estamos, hay otra habitación. En esa ocasión, estaba descansando entre algunas de las cajas. Sara no me vio, pero yo sí vi cómo ella corría un estante y después empujaba una puerta. Igual que un banco, tecleó un código antes de entrar. Pocos son los que saben de su existencia, y yo me considero uno de esos afortunados.

Sin embargo, el almacén no solo es el nido

donde mantenemos la mayor parte del producto que se consume en el bar o las salas vip, aquí jugamos al póker por mínimas cantidades para distraernos en los descansos, y guardamos el material destinado para eventos, además de los muebles viejos que ya no usamos, entre ellos, la mesa de billar americano sobre la que mi tía apoya su culo de cirugía enfundado en un descarado vestido de Chanel, tan rojo como la furia que le arde en los ojos en estos momentos.

Noto cómo todo el cuerpo de Beca tiembla a través de mis manos. Respira fuerte y aprieta los puños hasta clavarse las uñas en la piel.

Joder...

¿Qué diablos hace aquí ahora mi tía?

Suelto a Beca con una leve caricia y termino de bajar las escaleras. En el mismo momento en que toco el suelo del almacén, Sofia sale disparada en mi dirección. Es por eso que no veo llegar el tortazo.

Me froto la mejilla muy despacio y hundo una mirada furiosa en ella. Beca y Sara no se quedan quietas, y vienen hacia nosotros.

—Cálmate, querida —trata de tranquilizarla Sara, con lo que solo consigue desperdiciar su tiempo y saliva, porque mi tía está desquiciada.

—¿Dónde demonios está Elisa? —grita Sofía sobre mi cara.

Arrugo el ceño, porque no entiendo a qué viene toda esa absurda preocupación que muestra por Elisa.

—Como si mi único placer en la vida fuera hablar contigo... —respondo.

—No juegues conmigo, Alex —dice Sofía y trata de abofetearme de nuevo, pero esta vez ya estoy preparado y la sujeto por el brazo.

Ella podrá estar fuerte gracias a todas esas sesiones de *indoor walking*, *yoga* y *pilates* en el gimnasio que se costea al año, pero no lo suficiente.

—Si vas a hacerlo de nuevo, tía, será mejor que te prepares a recibirlo de vuelta —le advierto con una tensa sonrisa.

—Me importan un cuerno tus advertencias, Alex. Será mejor que respondas a lo que acabo de preguntarte. Sé que eres la persona en la que más confía Elisa. Ella debe de haberse puesto en contacto contigo.

—Prueba a fingir amabilidad y a dejar de escupirme a la cara mientras hablas, y yo tal vez pueda molestarme en entender lo que has preguntado —digo lo suficientemente claro para que capte el concepto.

Sofía se vuelve hacia Beca, y tiro con brusquedad de su brazo hacia mí para volver a llamar su atención.

—Ni siquiera se te ocurra meterla en lo que sea que tengas en mente —le advierto con una mirada acerada y la mandíbula apretada—. Joder... ¿Ya has olvidado todo lo que le has

hecho?

Mi comentario provoca una carcajada amarga.

—¡Lo que yo he hecho! —exclama con los ojos muy abiertos—. Eres tú el que ha arruinado a todos, Alex. Todavía no eres consciente de lo que provocaste aquella noche en Londres. Por tu culpa... —Cierra un momento los párpados y respira hondo—... Es igual. Solo dime dónde puedo encontrar a Elisa.

Me sacudo de hombros.

—¿Y a ti qué cojones te importa? Ella no tiene nada que ver contigo —espeto sin amilanarme ante aquella mirada desafiante.

—Ese no es tu problema.

Me tenso e inconscientemente aprieto más fuerte mi mano alrededor del brazo de Sofía.

—No eres lo bastante inteligente si crees que tocándome las pelotas vas a sacarme la información.

—Alex —interviene Beca. Coloca una mano

sobre el brazo con el que sujeto a mi tía y me obliga a bajarlo poco a poco—. Le estás haciendo daño.

Suelto a Sofía, porque me doy cuenta de que Beca tiene razón, pero me mantengo alerta por si mi tía vuelve a comportarse como una puta cabra.

Sofía respira profundo con las aletas de la nariz muy abiertas y los labios cerrados en un zic zac debido a la presión. Hemos discutido muchas veces, pero ninguna vez tan fuerte como esta.

Me giro a la derecha para enfrentar a mi jefa.

—Sara, yo no te digo cómo llevar tu jodido negocio o la relación que mantienes con mi tía, y a cambio tú no te metas en mi vida. Creí que eso había quedado lo suficientemente claro desde el principio, cuando me contrataste. ¿Por qué te tomas tantas molestias esta vez? Joder... ¿Es por Elisa que has roto tus propias reglas?

Miro a Sara y esta esquivo mis ojos como el ratón que huye del terremoto bajo sus cortas patas.

Beca no elude mi mirada, pero me da la impresión de que tiene una pequeña idea de lo que Sofía está hablando, porque no parece nada sorprendida.

—Beca, tú sabes algo, ¿cierto? —pregunto con voz calmada.

Ella me mira muy seria.

—Lo siento, Alex, pero es algo que solo Sofía o Elisa pueden decirte.

Hemos pasado tanto tiempo con su familia que nunca pensé que Beca pudiera acercarse tanto a la mía, y me doy cuenta de que he sido descuidado.

Debo de parecer tan frustrado como me siento, porque Sofía suelta una carcajada de satisfacción.

—Por fin algo que no controlas, sobrino.

Pongo mi cara de póker de nuevo.

—Si no vas a responder a mi pregunta, no esperes que yo responda a la tuya, Sofía —le recuerdo—. Vámonos, Beca, aquí estamos perdiendo el tiempo. —Tomo su mano y comienzo a caminar muy rápido hacia la salida.

Beca apenas consigue seguirme el paso, pero yo no me detengo.

—Espera, Alex —dice Sofia al cabo de unos segundos.

A pesar de que no sigo avanzando, todavía no me doy la vuelta. Siento la mirada intensa de Beca quemarme la cara como una estufa que está demasiado cerca.

Oigo suspirar a Sofia.

—Elisa es tu prima, Alex. Yo la adopté antes de casarme con tu tío —revela al fin—. Sé lo que estarás pensando, pero tuve mis razones para no deciros nada. Sin embargo, después de lo que sucedió en Londres, tu tío me investigó y salió a la luz toda la verdad.

Pienso en la cena en Londres, en cómo se sorprendió Sofia de ver a Elisa, y recuerdo la forma intensa en la que ambas se miraron la una a la otra, como si no existiera nadie más que ellas dos en la entrada de la puerta principal de la casa.

Elisa estuvo torpe y pálida durante toda la cena después de las presentaciones, y mi tía no paró de lanzarle miradas inquietas y de observar cada uno de sus movimientos en la mesa.

Regreso al presente. Sin darme mucha prisa, me doy la vuelta.

—Eso al menos tiene mucho más sentido —comento reflexivo. No obstante, todavía siento que no me lo ha contado todo, aunque puedo intuir una parte.

Si Elisa ha desaparecido incluso del enorme radar de Sofía, algo verdaderamente malo ha tenido que ocurrir. Puede que sea una chica impulsiva y rebelde, pero Elisa no es ninguna tonta.

—Dime si sabes dónde está Elisa, Alex.

—Desconozco dónde puede estar, pero si me entero no sé si estaré dispuesto a decírtelo. —La observo inescrutable, y con una voz intencionadamente despreocupada añado—: Estoy

seguro de que Elisa tiene sus propias razones para mantenerse lejos.

—¡Alex! —interviene Sara esta vez—. No hables así a tu tía, hay muchas cosas que no sabes. Elisa...

—¡Cállate, Sara! —increpa Sofía para que no siga.

Entrecierro los ojos.

—Mírate, ni siquiera tratas con respeto a las personas que se preocupan por ti. Así que, ¿por qué Elisa, a la que has escondido ante todos durante tanto tiempo, se quedaría cerca de una persona como tú? —la provoco.

Muy enfadada, Sofía se lanza sobre mí y me ataca el pecho con los puños, incluso cuando trato de mantenerla a distancia. Ha perdido el control y grita de tal modo que su cara se deforma en muecas desagradables.

—¡Eres un desagradecido! ¿Te atreves a acusarme? ¿Acaso sabes tú por qué mi hermana

aún no ha regresado de Nueva York? —dice e intenta golpearme más duro—. Tu padre apenas descansa entre reunión y reunión para no perder todos los contratos que habían cerrado antes de Londres, y bebe a escondidas para soportarlo. Los abandonaste en su peor momento, Alex, y no conforme con ello, provocas a mi marido y destrozas lo poco que les da vida a tus padres, que es su negocio. ¡Solo miras por ti, Alex! Siempre lo has hecho y vuelves a hacerlo —grita cada vez más rápido y me cuesta seguirle. De pronto, gira la cabeza en un movimiento brusco y señala a Beca con una fulgurante uña de color rojo—. Incluso ella terminará cansándose de esa parte egoísta que hay en ti y te abandonará. ¿Por qué? —pregunta sin esperar que yo responda, y luego se golpea su propio pecho con la mano cerrada—. Porque tienes esta misma sangre que tanto odias corriendo por tus venas. Esta es tu maldición, sobrino —declara, y suelta una carcajada desequilibrada, a

la que le siguen otras mucho más feroces. Su cuerpo se retuerce en espasmos, lo que provoca que incluso Sara la mire con una expresión entre la preocupación y el miedo.

Aprieto la mandíbula hasta que esta me duele y cierro los párpados para controlarme.

—Joder... Estás como una puta cabra.

Me siento bastante cabreado, y me falta muy poco para actuar de un modo imperdonable.

—No, Alex. Te estoy hablando con la verdad. Mira dentro de ti mismo y abre mucho los ojos. Es hora de que veas las cosas que ocurren desde fuera y de que entiendas quién es el verdadero enemigo.

—Ya basta —zanjo—. Vámonos, Beca.

El pecho me hierve ahí donde me ha golpeado mi tía, pero eso no es lo único. Quiero sacudir algo, romperlo y pulverizarlo con mis propias manos a pesar de que fui yo el que provocó esto.

Beca no trata de tocarme, pero se mantiene a mi lado como una sombra. Apenas soy consciente

de que es ella la que abre la puerta para que salgamos a la calle y de que también es la que se encarga de cerrarla.

Una vez fuera del Florida Night, la niebla me golpea el rostro y se introduce fría por el cuello de mi camiseta. La carne se me pone de gallina en los brazos desnudos. No parece que vaya a llover, pero percibo un ligero aroma a humedad en la noche. Alzo la cabeza, el cielo tiene un color púrpura producido por la contaminación de la capital, igual que mi estado de ánimo.

A mi derecha diviso los contenedores donde el portero tira toda la basura del bar. Aparte de nosotros, no hay nadie más en esta zona.

Sin detenerme a pensar en lo que hago, camino a largas zancadas hacia ellos y desahogo toda mi rabia en cada uno.

—Mierda —escupo y vuelvo a patear el contenedor que tengo delante. Así una y otra vez.

A partir de ese momento, todo lo demás deja

de existir y únicamente me centro en el movimiento automático de mi pierna contra el contenedor metálico. Estoy hipnotizado por la abolladura que estoy creando y solo puedo pensar en hacerla más profunda con independencia de lo que pueda costarme.

—Alex. ¡Basta! —grita una voz a mi lado, que en un principio me cuesta reconocer. De pronto, siento que unos delgados brazos me rodean por detrás. La calidez de un pecho femenino se pega a mi espalda, y noto cómo a continuación Beca apoya su frente sobre mi columna vertebral en una caricia—. Alex, no te hagas más daño, por favor. Tranquilízate.

Dejo de patear el contenedor, pero el cuerpo entero me sube y me baja como una puta montaña rusa interminable. Todavía no he vaciado toda la adrenalina que tengo y me cuesta pensar.

—Está loca —murmuro furioso. Beca no dice nada, sin embargo, me abraza más fuerte—. Y yo

también lo estoy. Soy un puto loco, Beca. No deberías quedarte conmigo. Puedes tener a alguien mucho mejor que no esté destrozado como yo lo estoy.

Ella sigue sin decir nada y solo me escucha paciente. Le separo las manos por delante de mi estómago y me doy la vuelta para mirarla. Tiene la cara agotada de cansancio y se me rompe el corazón. Pero quiero ser duro con ella, espantarla para que entienda el verdadero tipo de persona que soy, un desagradecido que solo piensa en sí mismo, tal como ha dicho mi tía.

—La gente no cambia por el bien de los demás, Beca, así que olvida la idea de que puedes cambiar a una persona como yo —digo con toda la frialdad de la que soy capaz.

De pronto, Beca esboza una sonrisa limpia y pura.

Arrugo el ceño, porque su sonrisa es lo más precioso y valioso que he contemplado en mi vida,

y porque no entiendo cómo puede tener todavía ganas de sonreír después de todo lo que ha visto y oído.

—¿Quieres oír una verdadera locura, Alex? — pregunta.

—¿Acaso yo no he dicho ya las suficientes por los dos? —replico con una sonrisa irónica.

Beca alza una mano y la coloca sobre mi mejilla. Hay algo ancestral en el gesto y en cómo me mira en silencio, que va más allá de un simple contacto. Mi sonrisa cae, los sonidos de la noche se atenúan hasta desaparecer bajo aquel sólido roce. Bajo la vista de sus ojos hasta su boca y ya no aparto la mirada.

—Te quiero, solo necesitas saber eso, Alex — susurra Beca. Sigo el movimiento de sus labios—. Te quiero —repite, como si supiera que necesito escucharlo una vez más para creerlo.

Una intensa emoción me embarga entero y, por alguna extraña razón que todavía no comprendo, el

corazón me late muy rápido y me escuecen los ojos.

Me siento desarmado como un niño en sus primeros pasos.

Trago con fuerza y suelto una carcajada.

—Joder, Beca. Tú también estás loca —
replico con la voz tensa de emoción.

La sonrisa de Beca se hace mucho más amplia.

—Por fin lo comprendes, Alex, que estamos hechos el uno para el otro.

Me río mucho más fuerte y la atraigo contra mi pecho.

—No sé si sentirme halagado o insultado —
digo.

Por unos instantes solo la miro y, a continuación, me levanto la camiseta y empiezo a frotar su cara con ella. Beca se echa hacia atrás.

—¿Qué haces?

—Tienes la cara manchada —miento.

—Ni se te ocurra, está toda sudada —protesta

cuando vuelvo a ponerle la camiseta en la cara.

—He oído que el sudor de hombre te deja la cara más suave —replico sin detenerme y ella se retuerce entre mis brazos.

—No, para, Alex. Vas a coger un resfriado.

Poco a poco la he conducido contra la pared del Florida Night, justo en el mismo lugar donde nos vimos por primera vez dos años después de nuestro encuentro en el aeropuerto. Beca se da cuenta y deja de reír.

Ambos nos volvemos repentinamente silenciosos. Sé lo que está recordando, porque yo pienso en lo mismo. También aquella vez acabábamos de ver a Sofía.

Me fijo en los ojos de Beca, que brillan oscuros como dos piedras de obsidiana. La luz más próxima proviene de la farola que hay junto a la puerta trasera de la discoteca, y estamos prácticamente en la oscuridad.

Suelto de golpe mi camiseta.

—¿Estás bien? —pregunta Beca.

Respiro profundo.

Beca encierra mi cara entre sus manos en una suave caricia y, poco a poco, me atrae hacia ella. Pero no es suficiente, como si dejara la invitación en el aire.

Muy despacio, inclino la cabeza sobre ella, casi saboreando su aliento en mi paladar. Dios... huele jodidamente bien, a frutos del bosque y a dulce provocación. Entreabro la boca y empiezo a cerrar los ojos.

De pronto, escucho a alguien aclararse la garganta y me detengo antes de que haya podido siquiera rozar los labios de Beca.

Suelto una maldición por lo bajo.

—Si ya habéis terminado de hacer las paces, ¿podemos regresar a casa? Tengo la camiseta empapada de vómito y la espalda hecha polvo.

Molesto por la repentina interrupción, vuelvo la cabeza para ver a quién debo dar una paliza.

Descubro a Víctor y, junto a él, a Marta, que se apoya en el hermano de Beca como si no fuera capaz de sostenerse sola.

Ambos tienen todo el aspecto de dos exiliados de guerra.

—En fin..., otra vez será —digo, y me separo de Beca a regañadientes.

Según nos dirigimos al aparcamiento, mis pensamientos van tornándose mucho más oscuros y, lentamente, me sumergen en una espiral intrincada de palabras e imágenes sueltas.

Levanto la vista y vuelvo a fijarme en el cielo encarnado. No hay ninguna estrella, solo una luna llena teñida de un inquietante rojo carmesí.

Capítulo 47

BECA



¡Oh, Dios mío! Me siento frustrada y ansiosa como cuando tomo un libro de la biblioteca y descubro que a este le faltan páginas entre medias. Es un presentimiento tan fuerte que casi puedo sentirlo tatuado en mi nuca y, cada segundo que pasa, es un segundo en el que la desazón se aferra más fuerte a mí. Tal vez esto sea lo que llaman

intuición femenina.

Alex se ha quedado apartado a unos metros de distancia de nosotros, y descansa en estos momentos de espaldas sobre un Land Rover todoterreno de color gris metalizado mientras Víctor, Marta y yo vamos directos a la farola que hay al lado izquierdo para tener la mayor cantidad de luz posible.

Lanzo una mirada disimulada en su dirección. Alex tiene una expresión reconcentrada en el rostro y los ojos entrecerrados, perdidos en un punto cercano al que no presta atención. La curvatura de su boca está tensa y, si no fuera porque con los dedos de la mano derecha traza formas invisibles sobre la chapa del vehículo, pasaría por la estatua de algún filósofo de la Antigua Grecia.

Las palabras de Sofía todavía están demasiado presentes, como un pedazo de leña carbonizado que aún humea en la chimenea. Y ni siquiera yo

puedo dejar de pensar en ellas.

¿Cuánto de aquellas acusaciones de Sofía es cierto? Y lo que es más importante, ¿cuánto ya sabía Alex de lo que Sofía ha dicho?

De algún modo, Alex se me encendió una bomba a contrarreloj en aquella desafortunada cena hace unos meses. La desaparición de Elisa y la crisis en la empresa de los padres de Alex solo son una mera advertencia de lo que está por venir.

Un escalofrío desagradable me recorre la columna vertebral.

Centro toda mi atención en Víctor. Está inclinado hacia delante con las palmas de las manos apoyadas en la longitud metálica de la farola. Levanto su camiseta hacia arriba solo lo necesario para examinarle el golpe que el atleta borracho le ha provocado. Contengo un gemido de preocupación.

—¡Oh, mierda! Date prisa —me apremia Víctor con un castaño de los dientes—. Tengo

tanto frío que las partes bajas me cuelgan como estalagmitas.

Frunzo el ceño, porque todavía no termino de acostumbrarme a escucharle hablar de aquella nueva manera.

—Ya casi termino —le prometo.

Paso mis dedos por la superficie de piel al descubierto. La contusión está empezando a hincharse y tiene el color arrebolado de un amanecer. Pronto será un moratón considerable.

—¿Qué pinta tiene? —pregunta Víctor claramente incómodo y me aparta la mano. Sin ningún miramiento, se baja la camiseta estremecido por un escalofrío y se vuelve hacia nosotros.

—Como el beso de un iceberg —responde Marta tajante con un gesto analítico antes de que yo lo haga. El viento parece haberla sentado bien, y ya no tiene ese color macilento de hace un rato, pero todavía cojea y le cuesta mirar a mi hermano

directamente a los ojos.

Este levanta la vista hacia ella con interés, y Marta vuelve a comportarse del mismo modo esquivo, no obstante, Víctor actúa como si no lo notara. E incluso si no lo conociera bien, diría que parece satisfecho con su reacción.

—Una poética manera de decir lo horrible que se ve —replica con una sonrisa irónica—. Pero al menos, cuando el *Titanic* colisionó contra un iceberg, Leonardo DiCaprio echó un buen polvo. Yo en cambio tengo la espalda doblada y apesto como una mofeta. —Al mismo tiempo que habla, se desata la camisa a cuadros rojos y negros de la cintura y se la pasa en una impresionante exhibición de testosterona por los brazos. El movimiento le tensa todos los músculos del pecho y los hombros—. Marta, ¿no crees que me merezco una recompensa como mínimo? —inquiere en tono provocador.

Marta le lanza una mirada furibunda.

—¿Todavía no has probado suficiente vómito?
—responde.

No puedo creerlo, están provocándose el uno al otro delante de mí. Pero por una parte me siento aliviada, si pueden discutir así, es que están mucho mejor de lo que pensaba.

—Por cierto, Víctor, ¿qué andabas haciendo por aquí? —intervengo.

Noto que desvía la mirada hacia Alex, pero lo hace tan rápido que no estoy segura de haber visto bien. La sospecha arraiga de todas maneras en mi subconsciente. Miro de arriba abajo a mi hermano, de repente esa camiseta negra y el vaquero deshilachado me suenan demasiado. Abro mucho los ojos. Víctor no se ha vestido como Alex, está usando las ropas de Alex.

¡Oh, Dios mío!

—Creo que empieza a dolerme la espalda —
rehúye Víctor y se pega a Marta.

Sacudo la cabeza.

Pasamos de largo el resto del aparcamiento del Florida Night y nos dirigimos directamente hacia la salida. El taxi que Marta ha pedido, un Seat León ST blanco con una raya oblicua de color rojo en la puerta lateral del conductor, ya nos está esperando junto a la acera.

Me acerco a Alex y le toco un brazo para llamar su atención. Al notar el contacto, pestañea por un instante confuso y finalmente fija la vista, como si acabara de despertar de un profundo sueño.

Me preocupo todavía más, pero trato de que él o los demás no lo noten. Lo que Sofía le ha dicho en el almacén parece que además ha movido un complejo mecanismo dentro de él. Tiene todo el aspecto de estar asimilándolo despacio y por partes, como un cirujano ante una difícil operación.

—El taxi ya ha llegado —explico.

Él reacciona de inmediato y por primera vez

en todo este rato parece de verdad atento.

—No deberíais haber llamado a un taxi, Beca, tengo el coche en el aparcamiento —dice en tono censorador después de echar un breve vistazo a nuestro medio de transporte—. Podría haberos acercado a casa.

Marta, parada de pie junto a mi hermano unos metros por delante de nosotros, me lanza una mirada interrogante y niego con la cabeza. No puedo explicarle antes a ella que a Alex que la llamada de Sara solo fue una manera de atraerme al Florida Night, mucho menos cuando ni yo misma entiendo muy bien la razón de todo esto.

¿Qué quería Sofía que escuchara o viese exactamente? ¿Cuál era su verdadero objetivo para citarme allí?

No es la primera vez que provoca algo similar. La vez que ella apareció en la fiesta de la residencia y me arrastró hasta el ascensor para hacerme preguntas sobre Alex, la vez que Marta y

yo coincidimos de compras con ella y nos condujo a una cafetería para hablar, la vez que estuve en su despacho y vi a mi padre... Todas y cada una de esas veces Sofía intentaba decirme algo. Es evidente que también en esta ocasión debe de haber una razón válida para ella detrás de todo.

Sea lo que sea, en estos momentos estoy muy exhausta para analizar los últimos acontecimientos con detenimiento.

—Ya es demasiado tarde, Alex. No podemos despedir al taxista después de haberlo llamado. ¿Por qué no vienes con nosotros y dejas aquí el coche solo por esta noche? Me sentiría mucho más tranquila si hoy te quedas a dormir en mi casa — propongo esperanzada.

El viento nocturno arrecia con más fuerza. Me froto las manos y soplo mi aliento sobre ellas. Antes de que me dé cuenta, Alex toma mis dos manos unidas, las frota entre las suyas y luego las calienta con su propio aliento. Sus labios rozan mi

piel. Y por limitado que sea el contacto, me excita más de lo debido. Más rápido de lo que cabría esperar después de todo lo que nos ha sucedido. Levanto la cabeza y me esfuerzo por moderar la respiración y ahuyentar la creciente punzada de deseo. El frío ha desaparecido.

Decididamente, no quiero dejarlo solo para que no pueda pensar demasiado. Necesita estar acompañado y distraído con otros temas mucho menos problemáticos, pero no solo eso, yo también lo necesito a mi lado.

Marta y mi hermano ya están acomodados dentro del taxi. Bajan la ventanilla del coche y me llaman impacientes.

—Alex... —lo apremio.

—No creo que sea buena idea con tu padre en casa, Beca —responde despacio, y besa los nudillos de mi mano—. Quizá en otra ocasión.

—No es solo por eso, vas a buscar a Elisa, ¿verdad? —inquiero preocupada.

Él no contesta, pero yo ya sé la respuesta.

—Está bien, Alex, lo comprendo. Nos veremos mañana entonces —digo de algún modo decepcionada. Retiro mis manos de las suyas y me doy la vuelta—. Ten cuidado al regresar a casa —me despido y, sin esperar a que diga nada, me meto en la parte de atrás del taxi junto a Marta y mi hermano.

Acabamos de dar las indicaciones a la taxista y estamos a punto de ponernos en marcha, cuando se abre de forma brusca la puerta del copiloto y Alex entra de golpe. Todos volvemos la cabeza al mismo tiempo en su dirección.

Con una expresión impenetrable, él se coloca hábilmente el cinturón de seguridad, se cruza de brazos y después se recuesta sobre el asiento con los ojos cerrados, como si nada acabara de suceder.

Contengo una sonrisa de secreta satisfacción e intercambio una mirada de complicidad con Marta.

—Parece que tenemos un polizón —comenta ella divertida a pesar de lo agotada que parece.

—¿Vais a quedaros aquí para siempre? —dice Alex sin molestarse en abrir los ojos.

—Por supuesto que no —secunda rápidamente mi hermano y luego arruga la nariz—, no pienso quedarme en un sitio cerrado oliendo a vómito para toda la eternidad.

Marta se muerde el labio inferior y exhibe una expresión culpable.

—Lo siento —murmura.

El conductor del taxi, una mujer de pelo cano de pocas palabras y con el cuerpo rollizo de una de las gracias de Rubens, suelta una risa parecida al crujido de los cubitos de hielo cuando se les echa agua, y baja un poco su ventanilla. Al instante, una brisa fresca renueva el aire viciado del interior. No se me pasa desapercibido el modo en el que la taxista, una vez que se ha puesto en marcha, deja caer la mayor parte de su cuerpo

hacia la puerta, intuyo que para respirar mejor.

Me cubro con disimulo la nariz y Alex baja también su ventanilla, pero al menos no hace ningún comentario.

Víctor suelta un suspiro compungido, cierra los ojos y trata de relajarse, al igual que Alex. Marta lo observa con mayor aflicción, impotente por no saber qué hacer. Después, se inclina un poco e intenta tocarse la zona de alrededor del tobillo. Al instante, la veo retirar la mano con un gesto de dolor.

—¿Qué tal estás? —pregunto a Marta.

Su cara está ligeramente contorsionada, como si la masa de emoción por todo lo que está sintiendo se hubiera dividido en capas a través de su rostro. Impotencia, dolor y agotamiento.

Se obliga a sonreír antes de hablar.

—Me siento el pie como una porquería que tengo que recoger con un periódico doblado y echarlo al cubo de la basura —responde.

Le dirijo una mirada compasiva.

—Siento haberte dejado sola. Cuando me di la vuelta ya no estabas. ¿Qué es lo que sucedió?

Marta deja escapar una risita.

—Es una historia demasiado larga —dice y lanza una mirada hacia mi hermano con toda la intención.

Le estudio la cara con mayor curiosidad, pero decido no insistir en el tema por el momento. Ambas sabemos cuándo debemos esperar para tener una buena conversación.

—¿Y tú? ¿Está todo bien? —pregunta y hace un gesto de barbilla en dirección a Alex.

—Todo bien, con un poco de esa historia demasiado larga y un epílogo inconcluso —explico.

Marta asiente despacio, pero noto que en esta ocasión es ella la que parece retorcerse de intriga.

Las dos suspiramos al unísono y después nos replegamos en nuestros propios asientos. Agotada,

me apoyo en el cristal de mi ventana y descubro que Alex me observa a través del retrovisor.

Pestañeo.

Él pestañea.

El cuero del asiento transmite calor y, poco a poco, siento mi cuerpo más pesado. Lentamente, mis párpados son vencidos por la gravedad y me quedo traspuesta con los ojos de un penetrante azul oscuro de Alex grabados en la retina.

Varias horas más tarde, Marta está en su casa, Víctor en su cuarto y Alex y yo durmiendo en la vieja cama de mi habitación. Noto cómo Alex se revuelve a mi espalda sumido en un sueño inquieto. Murmura palabras inconexas muy cerca de mi oreja, y me abraza demasiado fuerte. Con la agitación de Alex, la sábana y la manta caen a la altura de mis caderas, y una sutil corriente de aire barre mi piel desnuda en los brazos y en el vientre. Me despierto soñolienta con un bostezo, alargo la mano hasta la mesilla y enciendo la pequeña

lámpara de azul celeste. La estancia se ilumina paulatinamente hasta adquirir un brillo anaranjado en las zonas más cercanas, y oscuro al fondo.

Echo un vistazo al despertador con forma de rana. No queda mucho para que amanezca.

Alex se tranquiliza de pronto y vuelve a respirar con normalidad. Paseo la mirada por los miembros largos y fuertes, la extensa línea firme de su espalda y sus hombros, y el atractivo desorden de sus cortos cabellos negros casi azulados. Su boca está relajada y las espesas pestañas que delimitan aquellos rasgados ojos en forma de media luna se sacuden de un modo ínfimo. A pesar de que parece haberse calmado, todavía entre sus cejas detecto un rizo de piel en tensión. Al verlo, no puedo evitar alargar una mano para desdibujarlo con la yema blanda y suave del dedo.

Alex se desvela con un ruido bajo de palabras, desorientado y soñoliento.

—Beca —dice con la voz enronquecida y los ojos enrojecidos por la falta de sueño. Extiende un brazo y me atrae hacia él. Me acurruco en su pecho y acaricio con la nariz la pelusa masculina casi inexistente sobre su piel—. ¿Dónde...?

—Estás en mi habitación —explico en un susurro—. Todavía quedan unos minutos antes de que se haga de día.

Alex me observa todavía más confuso, pero pasados los segundos todo su cuerpo se vuelve rígido.

—¡Oh, Dios!

—¿Qué sucede? —pregunto sobresaltada.

—Mierda...

Alex me mira con una cara dividida entre el pánico y el enfado, en una expresión muy poco halagadora.

—Me he quedado dormido. Tus padres...

—Tranquilízate. Mi madre no dirá nada.

—Tu padre...

—¿Por qué ahora te preocupa tanto quedar bien delante de él? Solo es mi padre.

Mi comentario parece alterarlo mucho más.

—No has debido dejar que me quedara en tu casa, ahora sabrán que he pasado la noche aquí contigo —dice más para sí mismo que para mí, como si se culpara del desliz que ha cometido.

—Nadie va a decir nada, Alex. Ya soy adulta para tomar mis propias decisiones —trato de tranquilizarlo, pero él ya no escucha. Se levanta de la cama y recoge con movimientos bruscos toda su ropa.

Entonces, frena de golpe todo el movimiento. Lentamente, toma un objeto de la mesa y lo mira de forma minuciosa.

—¿Qué ocurre ahora? —pregunto. Ya me he incorporado en la cama y le contemplo con una expresión entre curiosa y molesta.

Alex se vuelve con el objeto todavía en la mano derecha y me lo muestra. Abro mucho los

ojos. Es el pequeño encendedor con forma de El Principito.

—¿Este mechero te lo dio Hugh? —inquire en un tono grave. Su mirada se ha oscurecido y me percato de la ansiedad que Alex transmite.

Me trago un comentario ácido. Acabo de darme cuenta de que me he puesto tensa de la cabeza a los pies. Intento relajarme. Una serie de punzadas de protesta me recorren la columna vertebral.

—¿Cómo... cómo lo sabes? —pregunto con mucha cautela.

La sangre se me escapa de las venas y parece no ser suficiente para alimentar mi corazón acelerado.

Alex no responde, acaba de vestirse y se marcha con el encendedor sin decir una sola palabra.

Capítulo 48

BECA



Al salir de la biblioteca, una ráfaga de viento atraviesa el campo de césped que rodea mi facultad y hace bailar con la gracia de ninfas traviesas a los abedules. La brisa se intensifica y crea pequeños remolinos de aire con las hojas secas por el suelo. Los árboles se zarandean con movimientos más briosos y se doblan ante la

madre naturaleza en forma de continuas y breves reverencias. A medida que el temporal empeora, parecen tratar con más pasión de perforar con sus cimas anaranjadas ese cielo de un gris turbulento que se ha originado en pocos minutos.

Todo esto me pilla desprevenida. Rápidamente, doy un paso atrás en el soportal para que la incipiente lluvia no me salpique y abrazo los libros y los apuntes contra mi pecho. Con movimientos torpes, empiezo a guardar todo lo que llevo encima en el bolso. No obstante, justo en ese momento, un grupo de estudiantes abre la puerta de la biblioteca a mis espaldas y una nueva corriente de aire me toma por sorpresa. La mayor parte de mis apuntes sobre Instituciones de Derecho Administrativo se dispersan alrededor, y son empujados por la ventisca todavía más lejos de mí.

—¡Oh, Dios mío! —gimo.

Me subo la capucha, salto las escaleras de dos

en dos y corro de una hoja a otra. El temporal se vuelve más violento y empieza a llover más fuerte. Ni siquiera me doy cuenta de que la capucha se me ha deslizado sobre los hombros y de que el agua me empapa no solo la parka de color verde militar que me he puesto hoy, sino también el cabello que llevo suelto.

—¿Necesitas ayuda? —ofrece una voz a mis espaldas, que apenas logro escuchar entre el intenso silbido del viento y la lluvia.

De pronto, una sombra oscura me ensombrece la vista y noto que solo el hueco que yo ocupo parece salvarse del desagradable aguacero.

El corazón me da un brinco en el pecho y me obligo a controlar esas emociones disparadas que lo inundan. Levanto la cabeza muy despacio y observo a Alex a través de los mechones húmedos que se me han pegado a la cara. Pero me arrepiento enseguida.

Un elegante abrigo de invierno sin abotonar le

cubre hasta las rodillas, enfundadas en unos pantalones negros de vestir. La delgada corbata que se ha anudado al cuello contrasta con la camisa blanca y de gran calidad cerrada hasta el penúltimo botón, y favorece sus facciones claras y marcadamente masculinas. Bajo la vista hasta su mano derecha protegida por un lustroso guante de piel oscura a juego con el paraguas que sostiene sobre mí. La mitad del cuerpo de Alex se está mojando debido a ello, pero no parece importarle lo más mínimo. Con todo, está más guapo y alto si cabe que la última vez que lo vi en mi habitación, y por eso me duele más mirarlo.

Odio profundamente mi aspecto desaliñado en estos momentos.

—Puedo hacerlo yo sola —contesto con una dureza fingida. Al hablar, todo el aliento se me escapa en una nube fantasmal, y asciende como una señal de humo.

Bajo la cabeza y termino de recoger la hoja

que dejé en el suelo antes de que él apareciese. Observo impotente que los apuntes están prácticamente inservibles entre nubarrones de tinta azul, roja y negra en mis manos. Me muerdo el labio inferior. He invertido toda la mañana en pasarlos a limpio para el examen de la próxima semana. Ahora tendré que repetirlo todo.

Alex se agacha a mi lado con el paraguas agarrado en la mano, y se sienta sobre sus tobillos. Sonríe con un aire petulante y tranquilo que contrasta con el caos que nos rodea.

—¿Estás segura? —inquire con una ceja levantada y luego apunta con la barbilla hacia el montón ligeramente mojado de apuntes que sostengo en la mano izquierda—. Esos papeles deben de ser muy importantes si estás dispuesta a estar fuera con este temporal, Beca.

Los ojos le chispean con un brillo azul provocador y no sé por qué, pero eso me enfurece mucho. Hace más de una semana que no sé nada de

Alex. Ninguna visita, ninguna llamada, ningún mensaje y tampoco ninguna respuesta a todas las veces que lo he buscado. Solo... nada.

Después de ver el mechero, simplemente desapareció sin dejar rastro y sin dar ninguna explicación.

—Estoy muy segura... —empiezo a decir. Como si quisiera llevarme la contraria, el cielo trona con repentina brusquedad— de que no necesito tu ayuda, Alex —concluyo mucho más alto por encima del ruido.

Una bicicleta pasa a toda velocidad por nuestra derecha en ese momento y levanta una ola enérgica de agua sucia en mi dirección. Al mismo tiempo que eso sucede, siento cómo tiran de mí hacia atrás y, un segundo después, me encuentro recogida en la burbuja protectora que ha construido Alex con su propio cuerpo y el paraguas.

Todas las alarmas de mi cuerpo pitan hasta

ensordecer mis oídos. Solo el chapoteo atenuado de la lluvia contra la tela impermeable de polietileno del paraguas se salva del estridente latido de mi corazón.

—Maldito gilipollas... —masculla Alex con la vista puesta en un punto lejano—. ¿Estás bien, Beca?

—No —respondo. Aprieto con fuerza los puños sobre su chaqueta. El cuerpo de Alex se tensa—. Desapareciste, Alex. Una semana y dos días —lo acuso.

Él se relaja de nuevo.

—Los has contado —responde.

Le golpeo débilmente con el puño una vez.

—No suenes tan satisfecho, Alex. —Me aparto un poco y me obligo a mirarlo a los ojos con todo el enfado acumulado que he sentido por cada día en que no he sabido nada de él—. ¿Sabes lo mucho que me he preguntado a mí misma qué hice mal? ¿En si te había ocurrido algo grave? ¡Dios...! He

pensado tanto en esto y en aquello... —Lo separo todavía más, pero Alex me abraza fuerte y vuelve a acercarme a él—. ¿Tan fácil es para ti marcharte sin decir nada? ¿Qué eres? ¿Un nómada?

—Lo siento —se disculpa Alex—. Te he echado de menos, mi musa.

—No puedes esperar que esta vez eso te funcione, Alex. Tienes que darme una explicación. Eso es lo que de verdad necesito —digo muy seria y firme, aunque por dentro estoy hecha un manojo de emociones contradictorias.

—Está bien —accede Alex con sorprendente facilidad—. Ten esto un momento —dice y encaja en una de mis manos el paraguas. Después, sale bajo la lluvia con una mano sobre la cabeza.

Le observo ir de un lado hacia otro mientras recoge los folios que me faltan. Ya no sirve de nada que lo haga, porque los apuntes están totalmente inutilizados por el chaparrón, pero él los toma con cuidado y no se detiene hasta que ha

encontrado el último de ellos.

Mi corazón se tensa en cada latido de una manera que me deja sin aliento. Sé por qué Alex está haciendo esto y, a pesar de todo, consigue ablandarme un poco.

Un rato después estamos en una cafetería cerca de la facultad. El aroma a café y a bollería recién hecha asciende hacia el techo de escayola y se extiende por las cuatro paredes revestidas en madera de pino color castaño hasta la mitad. Un rumor bajo de voces, alguna risa esporádica, ruido de bandejas y vasos, llena el local de aspecto sencillo pero íntimo. Son los sonidos de cualquier cafetería, y flotan en el aire como una canción de cuna.

La camarera, una agradable chica de ojos grandes vestida con un uniforme demasiado corto y ajustado, nos conduce a un apartado frente a la ventana, alejado del bullicio, tal como Alex ha ordenado.

Pronto me doy cuenta de que la camarera no solo es muy servicial, sino que le gusta demasiado mi novio. La chica deja de caerme simpática después de interrumpirnos por quinta vez. Cuando vuelve a aparecer con la excusa de traer unos pasteles a cuenta de la casa, estiro un brazo y tomo el plato de su mano. Ella aparta la atención de Alex y se fija por primera vez en mí. No obstante, debo reconocerle que no pierde la sonrisa.

—Muchas gracias, ya me encargo yo. —Hago una pausa—. Si en adelante yo o mi novio te necesitamos, te lo haremos saber —la despido con una sonrisa amablemente fría.

Alex observa la escena con cara de póker, pero cuando la chica se marcha con el rabo entre las piernas, él se inclina sobre la mesa y me lanza una mirada de pura diversión. Me acerco también a él y noto cómo sus ojos cristalinos se desvían entrecerrados hasta mi boca.

—No te hagas falsas ilusiones, Alex. Solo lo

he hecho porque quiero hablar con tranquilidad sin que nadie nos moleste —espeto y vuelvo a sentarme recta.

Alex se arrellana sobre su asiento, una incómoda silla que parece tener una pata más larga que las otras tres. Sin embargo, de algún modo él consigue que no se tambalee demasiado bajo su peso.

—Todavía sigues enfadada —declara con una cara neutra.

—Dame una razón para no estarlo, Alex —rebato. Suavizo mi expresión—. ¿Por qué te fuiste de repente? Todo pasó tan rápido... Yo...

Alex acerca una mano para acariciar mi muñeca.

—Aquel día tuve que marcharme, Beca.

—¿Por qué, Alex? ¿Por qué de ese modo? Hazme comprenderte.

Le veo tomar aire. El brillo de sus ojos se atenúa y noto cómo de forma paulatina adquieren

el color oscuro de un océano profundo.

—Recordé algo sobre mi hermano. Teníamos doce años cuando ocurrió. —Su voz se vuelve grave y se endurece con el ligero acento de sus antepasados rusos *bogatyrs* a medida que hace memoria—. Siempre tuve envidia de mi hermano. Era fuerte, valiente y el orgullo de mi padre, todo lo contrario de mí. Joder... Yo era un espagueti andante al que un soplo de aire podía empujar al suelo, y no es broma —asegura un poco más relajado, como si acabara de recordar algo especialmente divertido. Respira profundo—. Con el tiempo me di cuenta de que no tenía razón para sentirme así. Cuanto más fuerte se volvía mi hermano, más le consentía en todo mi padre, eso provocó que mi madre y mi padre discutieran constantemente. Mi hermano creció sin ningún tipo de límites, esperando que se lo dieran todo, y esa es una terrible manera de vivir, Beca. Él jamás terminaba nada de lo que empezaba. Nada lo

saciaba lo suficiente. —Hace una pausa—. Creo que mi padre está arrepentido de habérselo permitido todo... Y yo también me arrepiento... de lo que le hice. —Aquellas últimas palabras salen de su boca como si expulsara un desagradable ovillo de lana que le hubiera estado ahogando durante mucho tiempo—. Creo que ya te hablé de esto.

Alex levanta la cabeza y me mira muy fijo como si esperara a que yo misma entendiera el resto.

De repente, me acuerdo de lo que él me preguntó en casa de sus padres:

«¿Qué pensarías de mí si supieras que dejé que mi hermano sufriese abusos en mi lugar de otro hombre, Beca?»

Trato de ordenar mis pensamientos, recordar qué más puedo haber olvidado. El día en que Alex se marchó de mi habitación, minutos antes estaba sumergido en una profunda pesadilla. Se revolvía

en la cama y me abrazaba fuerte mientras hablaba dormido. Pienso entonces en la manera en la que observó después el mechero que había sobre mi mesa como si no pudiera dar crédito a lo que tenía en la mano, como si eso nunca debiera haber estado allí.

¿Y si...?

Los cables de mi cerebro parecen conectar entre ellos de golpe y provocan un chispazo.

Salto de la silla inconscientemente y me inclino sobre la mesa hacia Alex. El repentino movimiento provoca un pequeño terremoto sobre la mesa que hace derrumbar el líquido dentro de las tazas de café que tenemos entre medias, pero no me fijo en ello.

—Alex..., ¿fue Hugh la persona que abusó de tu hermano? —pregunto despacio, solo lo suficientemente alto para que él pueda oírme.

Los ojos de Alex se clavan con mayor intensidad en los míos.

—Sí —contesta por fin.

—¡Dios mío! —se me escapa por la boca.

Capítulo 49

BECA



De repente, Alex se levanta de su sitio, saca la billetera y deja el dinero de los dos cafés que aún no hemos probado sobre la mesa.

—Vamos —ordena.

Rodea mi muñeca para que lo siga, recoge mis cosas y me las pasa. Apenas puedo seguirle el ritmo.

—Alex, ¿qué sucede? —pregunto alarmada por el repentino cambio de situación.

—Debemos buscar un mejor lugar que este para hablar —dice y añade en voz baja—, ¿o prefieres esperar a que seamos nuevamente interrumpidos por esa camarera?

Me giro y en efecto veo que la misma chica viene en nuestra dirección una vez más. Por mi mente pasa la escena de la película coreana *Train To Busan*, en la que un zombi persigue a los protagonistas por el pasillo del tren.

—Acelera, por Dios, Alex —lo apresuro, y esta vez soy yo la que tira con ímpetu de él hacia la calle.

No nos detenemos hasta que hemos llegado a su coche.

El Austin Martin de Alex está aparcado frente al local pegado a la acera gris de cemento. La lluvia se ha vuelto más densa que hace un rato y, a pesar de que solo tenemos que recorrer un

pequeño tramo, volvemos a mojarnos.

—¿Qué es lo que le pasaba a esa chica? —
pienso en voz alta.

Alex me abre la puerta del lado del copiloto y coloca una mano en el marco superior para que no me golpee la cabeza al pasar al interior. A continuación, rodea en una corta carrera el coche y toma asiento frente al volante de piel del conductor.

El chaparrón arremete contra los cristales del vehículo y cubre la luna de ondas formadas por el agua, que emborronan todo lo que tenemos delante.

—No le culpes por ello —dice Alex una vez dentro del coche, y enciende el motor. El parabrisas se pone en funcionamiento y, a pesar de que él no lo necesita, conecta el sistema de calefacción—, no puede evitarlo. Es mi sangre fría del norte junto con mi sangre caliente del sur lo que las vuelve locas.

Expulso el aire con resignación y después lo

miro muy seria.

—Temo que esa contradicción que representas me pueda volver loca de verdad a mí, Alex.

Me gano una carcajada tensa.

Después de aquello, Alex se concentra en la conducción y yo no me atrevo a distraerle con preguntas serias sobre su hermano debido al intenso tráfico y a la lluvia. No obstante, cuando por fin el coche se detiene en la misma zona donde vivo, pero no en mi casa, me giro hacia él para enfrentarlo.

—¿Por qué te detienes aquí? —pregunto confusa.

—Quiero enseñarte el lugar adonde me he mudado.

Parpadeo asombrada. Cada respiración empieza a golpear la siguiente, como una hilera de fichas de dominó.

—¿Cuándo... cuándo te has mudado a un piso, Alex? ¿Qué ocurrió con el otro?

—Bueno..., el otro no funcionó —dice y me explica a continuación los problemas que tuvo con el agente de la inmobiliaria—. Hace una semana vi el cartel naranja de «Se vende» colgado de la terraza del edificio. Los propietarios son una agradable pareja de ancianos, y me vendieron el apartamento a un buen precio después de que les contara que quería vivir aquí con mi novia. Pensé que te gustaría porque está cerca de tu casa, y podrás ir y venir cuando quieras de un lugar a otro —añade con una expresión vacilante.

Sonrío.

—Suenan muy bien, Alex.

Él inclina la cabeza hacia delante y me aparta un mechón todavía húmedo por detrás de la oreja. Con la manga de su camisa seca mis cejas y mi frente.

—Dios, te he echado tanto de menos, Beca. Cuando me giraba esperando encontrarte y no te veía, sentía el corazón helado, no importaba donde

estuviera.

Sus dedos se deslizan hasta mi cuello y toman con suavidad el colgante de mariposa posada sobre una perla que él me regaló.

—Alex —murmuro. Levanto también una mano y desvío el recorrido de una gota de agua que cae del nacimiento de su cabello por la frente—. No vuelvas a dejarme así, sin una palabra. Te llevaste más que mi corazón estos días en los que no supe nada de ti. Si esto sucede de nuevo, temo que no sé cómo me lo tomaré.

Los segundos transcurren lentamente antes de que ninguno de los dos vuelva a hablar.

Alex deja caer su frente sobre la mía con un ligero roce. Su cálido aliento me golpea en la cara. Lo escucho respirar.

—Joder..., eché de menos también este aroma tuyo a frutas, mi musa —murmura con la voz enronquecida de deseo. Se aparta con una expresión de verdadero anhelo en el rostro—.

Será mejor que salgamos de aquí y terminemos de hablar en la casa. Arriba hay toallas y ropa limpia. Aunque te quedará algo holgada, servirá para que no pilles un resfriado.

Cuando llegamos al piso, Alex se adelanta para encender las luces y me ofrece una mano para pasar dentro.

—Ten cuidado de no caerte —me advierte.

Nada más entrar, un fuerte olor a disolvente y barniz me golpea en la cara, y me aturde durante los primeros segundos. Con ayuda de Alex, salto una caja de herramientas metálica, y rodeo dos latas, una de pintura gris y otra de azul. Con cuidado, me coloco en el centro. El único lugar no lo ocupado por las cajas de cartón diseminadas por todo el recibidor.

Alex deja las llaves colgando de un gancho de la pared que hay a su izquierda y se coloca a mi lado.

—Perdona el desorden. Todavía estoy

arreglando algunas partes de la casa. El sistema eléctrico ya funciona, pero te aconsejo que no intentes encender la luz del baño, puede soltar chispazos.

No estoy segura de si lo dice en serio, y lo miro a la cara.

No sonrío en absoluto.

—¿Estás seguro de que la casa es habitable?

—pregunto preocupada.

Alex se rasca la cabeza.

—Deberías haber visto cuando la compré. Cables colgando rotos por las paredes, rodapiés arrancados, cortinas raídas en algunas de las ventanas. Habían atravesado con algo duro las puertas de las habitaciones. Tuve que llamar a un técnico para que instalara la caldera. El electricista no vendrá hasta dentro de unos días para solucionar lo del baño, pero en general ahora la casa es mucho más segura, y en cuanto esté totalmente pintada y decorada será como un coche

clásico con mucho encanto y el doble de valor.

—Tengo ganas de verla entera —aseguro, y me descubro mucho más emocionada incluso que cuando fuimos a aquel otro piso amplio y caro listo para mudarse.

Alex me mira y se frota la cabeza de nuevo, parece un poco avergonzado.

—En fin... puedes sentarte en la cocina o investigar hasta hartarte. Ponte cómoda, iré a por una toalla y algo de ropa —advierte con torpeza.

A pesar de su ofrecimiento, me quedo de pie en la cocina. Está completamente amueblada y es más moderna de lo que pensé que sería tras ver la entrada de la casa.

Una hilera de muebles con sus respectivos armarios y cajones ocupa la pared derecha. Excepto por los electrodomésticos, de acero inoxidable, todo lo demás es de color blanco, tal como esperaba. Me siento sobre la mesa situada a la izquierda y comienzo a peinarme los cabellos

húmedos y enmarañados.

Alex ha hecho un buen trabajo.

—¿Te gusta? —pregunta de repente una voz desde el marco de la puerta.

Me vuelvo hacia Alex. Se ha cambiado de ropa. Unos cómodos pantalones de deporte en color negro le caen a la altura de las caderas, y una camiseta blanca de tirantes manchada de pintura le marca los pectorales, pero su cabello sigue húmedo. La imagen en su conjunto le favorece y le provee de un sexy aspecto rebelde que me seca la garganta.

Me humedezco los labios y asiento.

—¿Eso es para mí? —pregunto y señalo con un dedo la toalla.

Alex me la ofrece, pero antes de que pueda cogerla, la retira.

Le lanzo una mirada confusa.

—Permíteme el honor —dice con voz ronca. Hago un leve asentimiento y, a continuación, Alex

se sitúa frente a mí. Me cubre la cabeza con la toalla y comienza a frotar con suaves toques circulares mi pelo—. Tienes tirabuzones sueltos —comenta fascinado.

Sus dedos se hunden en mi cabello a través del tejido de algodón de la toalla, expandiendo una agradable sensación por todo mi cuero cabelludo.

—¿Hay alguna otra cosa más que deba saber, Alex? —pregunto al cabo de unos segundos.

Él parece pensarlo.

—Mi padre me llamó, encontraron un paraguas marrón entre las pertenencias de los dos asaltantes del hotel. Tenía las iniciales de Hugh. En estos momentos la policía está buscándolo para interrogarle.

Dejo de respirar por un instante. Tomo a Alex por las muñecas para que se detenga y pueda escucharlo mejor.

Alex me mira extrañado.

—Te has puesto pálida, Beca. ¿Te encuentras

bien? —pregunta preocupado. Toca mi cara con la palma de la mano—. Estás demasiado fría. Deberías cambiarte de ropa.

—Por favor, Alex, repite eso que has dicho —exijo con la voz temblorosa.

—Mi padre me llamó, encontraron un paraguas marrón... —empieza a decir.

—No, Alex, eso no. Repite lo último que has dicho sobre las iniciales. ¿Estás seguro de que pertenecían a Hugh? —inquiero sin darme cuenta de que he alzado la voz. El corazón se me ha acelerado de tal modo que me cuesta respirar con normalidad.

Pienso en el incendio que Hugh provocó en el estudio de Alex. Creía que aquello había acabado tras su visita al hospital con el encendedor que regaló a Natalia, pero ahora me percató de lo mucho que me equivoqué. Y le hago saber todo a Alex, pero cuando termino de contarle la historia completa él no parece ni un poco sorprendido.

—Lo sabías —declaro.

—Después de lo que ocurrió en el hotel, mi padre y yo tuvimos una larga charla sobre lo sucedido. Él me contó que te pusiste en contacto con él para advertirle sobre Hugh.

—Se supone que él no debería haberte dicho nada, Alex.

—Se supone que yo no debería decirte que lo sé por él —rebate él con una mirada elocuente.

Lanzo un suspiro de resignación.

—Padre e hijo sois tal para cual.

Me gano una risa amarga.

—Esa es una observación discutible, Beca.

—Todo contigo es discutible, Alex.

Alex se inclina sobre mí y me besa la punta de la nariz, sorprendiéndome.

—Gracias —dice de pronto.

—¿Por qué? —inquiero con cautela.

De forma inesperada, Alex deja caer la toalla sobre mis hombros y apoya las manos en la pared

detrás de mí. Los músculos fuertes de sus brazos rozan mis mejillas y aplastan con suavidad mi pelo, enjaulándome. Antes de que me dé cuenta, me encuentro sacudida por un repentino temblor de profundo deseo que me resquebraja el entendimiento y hace arder mi piel.

—Porque haces que valore cada momento contigo antes de que se convierta en un recuerdo, y porque si no hubieras advertido a mi padre, no hubiera puesto a sus hombres a vigilarnos. Fue gracias a ti que nos salvamos aquella noche, Beca —dice muy serio.

No me atrevo a decir nada. Me quedo mirando fijamente la parte superior de su cabeza, la anchura de sus hombros, su cuello masculino y, por último, sus ojos. En mis oídos resuenan los ecos de mis propios latidos.

Alex inclina la cabeza, y su proximidad expulsa la luz entre nuestras caras, ensombreciéndolo todo de una manera íntima y

excitante. Los labios de Alex se detienen a poca distancia de los míos.

—Si te beso ahora, ¿qué pasará, Beca?

Capítulo 50

ALEX



Beca introduce las manos bajo mi camiseta y palpa los músculos de mi abdomen. Toda mi piel se tensa al primer contacto. Mi corazón se enciende como un motor a doscientos treinta caballos de apenas mil quinientos centímetros cúbicos, con tres cilindros, y crea un latido soberbio.

—¿Por qué no lo compruebas tú mismo? — dice Beca en un susurro tímido y sensual sobre mi boca.

Aquella voz me pone a cien y me pierdo en una marea de excitación.

Sin esperar más, rodeo las muñecas de Beca y las levanto hasta mis hombros. Después, trazo con un dedo el contorno sexy de su cara en una línea vertical desde la frente. Cuando alcanzo su suave barbilla, la atrapo entre la yema de mi pulgar y el dorso de mi dedo índice. Muy lento, la atraigo hacia mí.

Una explosión de deseo despierta todo mi cuerpo cuando toco sus labios. He estado esperando tanto este momento...

Presiono su espalda hacia mí un poco más fuerte sin poder evitarlo y hago el beso todavía más profundo. ¡Dios, esto es tan jodidamente bueno!

Rápidamente, mis dedos se mueven por la

cremallera de su abrigo. Sin dejar de besarnos, ella termina de retirárselo en dos sacudidas. Poco después, aquel jersey de un blanco roto que se ha puesto desaparece también entre caricia y caricia.

Deslizo mi boca hasta su cuello y mordisqueo su piel casi dorada. Huele tan bien... Beca suelta un jadeo cuando succiono la zona sensible cerca de su oreja, y hunde sus uñas por encima de mis omoplatos. Pero, de repente, suelta un chillido y se queda muy rígida.

Me retiro hacia atrás de inmediato.

—¿Qué ocurre? —pregunto muy preocupado.

—Creo que me he clavado algo en el trasero —revela tan ruborizada que tengo que hacer un gran esfuerzo para contener una carcajada.

—Deja que vea —digo con una expresión hermética, y la ayudo a levantarse poco a poco. Aparto el objeto punzante—. Es una astilla. Debe de ser de la mesa. Solo tienes un pequeño rasguño —informo tras hacer un rápido examen de la

situación—. Vamos, agárrate a mis hombros. Te llevaré a la habitación y miraremos eso.

—No, creo que no harás *eso*... —se resiste Beca. Parece a punto de entrar en una erupción volcánica de tan roja que está.

—Beca, ya he visto ese trasero muchas veces —la interrumpo con forzada paciencia—. No hay nada de lo que avergonzarse.

—No hay necesidad —insiste.

—Beca... Esto está lleno de polvo, hay que desinfectarlo —declaro con firmeza y le lanzo una mirada que la hace callar.

Paso con cuidado un brazo por detrás de sus rodillas, la alzo y la llevo al dormitorio. Después de dejarla en el borde del colchón con las piernas colgantes, recorro de nuevo el camino andado con todos sus obstáculos hasta el baño, y saco el pequeño botiquín para emergencias.

Cuando regreso, descubro que Beca se ha quitado los vaqueros y está examinándose la

herida.

—Ya estoy —anuncio. Ella levanta la vista y se fija con curiosidad en el botiquín que cargo. Me siento a su lado, saco un bote de desinfectante, un algodón y una tirita. A continuación, apoyo una mano sobre la cadera de Beca. Su piel está ardiendo—. Ponte de lado —ordeno—. Creo que no estaba demasiado abajo —comento en tono analítico y trato de no fijarme mucho en ese tentador tanga de encaje azul que delimita su delgada cintura y se encoge entre sus nalgas.

—Esto es bastante vergonzoso —murmura Beca.

—Míralo de este modo. Será la primera anécdota de nuestra casa. Cuando seamos padres se lo contaremos a nuestros hijos y después de eso a nuestros nietos, y estos a...

Beca suelta una risilla tensa.

—Para, para, Alex. Eso suena horrible.

—Eso suena a hogar, mi musa.

—Sabes que odio que tengas respuesta para todo, ¿verdad? —me reprende con suavidad.

Me río, pero rápidamente vuelvo a concentrarme. Paso un dedo alrededor de la pequeña incisión y masajeo la zona. Beca tiene un culo cojonudo: prieto y curvilíneo.

La oigo aclararse la garganta.

—¿Interesante? —pregunta.

—Cojonudo —digo antes de que pueda pensarlo bien.

Mierda...

—¡Alex! —me reprende Beca y empieza a incorporarse. La detengo.

—Ya me concentro —finjo disculpa—. Solo dame unos segundos.

—Estás pensando guarradas —acusa.

—Soy un hombre, no me puedes acusar por eso. ¿Qué tal si me hablas de lo que has estado haciendo en la facultad? —cambio rápidamente de tema.

La escucho suspirar.

—Estuvimos localizando e interpretando documentos en internet y, después, hemos aplicado la normativa jurídico-administrativa a diferentes casos que ha traído el profesor.

—Parece complejo.

—Aburrido más bien —señala ella—, pero no estuvo tan mal al final. ¿Sabías que el boxeador Mike Tyson para reducir su condena por buen comportamiento colaboró como bibliotecario en la prisión donde lo encerraron? Y Stephen King conoció a su mujer, Tabitha, mientras trabajaban juntos en la biblioteca de la Universidad de Maine. Hay muchos famosos que alguna vez fueron bibliotecarios, como Lewis Carroll, Vargas Llosa, Rubén Darío e incluso Benjamin Franklin.

Ya he limpiado la herida, pero alargó el tiempo todo lo que puedo mientras ella habla animada sin percatarse de ello.

—¿Y tú, Beca? ¿Por qué serías bibliotecaria?

—Esa es una respuesta sencilla, Alex. Me gusta muchísimo leer.

—¿Por qué te gusta tanto leer libros? —
inquiero intrigado.

Juego con el algodón sobre la cadera de Beca.

—Porque cuando leo, Alex, siento que estoy soñando despierta, y eso es mucho mejor que cualquier droga —responde con una expresión apasionada. Me quedo mirándola fascinado—. Imagina todos los meses, años y esfuerzo que ha invertido el autor en escribir un solo libro, que un lector puede devorar en horas. Es por eso que siento que hay algo mágico y ritual cuando leo una novela. Hasta la última página estoy conectada con el escritor y todo su trabajo, no solo con la historia. Al ser bibliotecaria, me gustaría transmitir mis propias emociones a todos esos lectores que hay fuera. —Para de hablar de repente, y se ruboriza—. Creo que me he alargado mucho, lo siento. ¿Y tú, Alex? ¿Cómo sabes que

has pintado una obra de arte? —inquire.

Arrugo el ceño y me froto el mentón.

—El arte no tiene que ser bonito, basta con que te haga sentir. Cualquier elemento bien colocado como una lata de Coca-Cola o un montón de cáscaras de pipas puede ser arte, siempre que haya personas que lo sientan así —explico.

La giro con suavidad hasta que está completamente de espaldas y me inclino sobre ella sin soltar el algodón.

—Por cierto, ¿sabes que estás echada ahora mismo sobre uno de los lugares donde crearemos a nuestros futuros hijos? —digo en tono socarrón.

—Supongo que ya lo tienes todo planeado —se burla.

Pero noto que está tan excitada como yo. Sus pezones están izados bajo una fina camiseta de tirantes y toda ella —su cabello extendido en una cascada ondulada sobre el edredón acolchado de color blanco, su boca entreabierta, su mirada

traviesa— despide feromonas a sexo.

Mi entrepierna se revuelve como un perro hambriento. Cuando hablo, mi voz baja varias notas.

—¿Sabías que algunas mariposas, como los machos de *Saturnia pyri*, son capaces de detectar el olor de la hembra a veinte kilómetros de distancia? Me pregunto cuánta distancia haría falta para que no pudiera encontrarte, Beca, ahora mismo pienso que no hay ningún lugar posible en el que pudieras esconderte de mí —digo posesivamente y la beso.

La beso como nunca antes lo he hecho.

Capítulo 51

BECA



Estoy acurrucada hecha un ovillo en la cama, con una pierna enredada en la sábana a punto de caerse al suelo. Solo el edredón me protege del frío.

Los primeros rayos de luz del amanecer se cuelan por la ventana del dormitorio, y se derraman sobre mi cara, despertándome. Los

científicos afirman que para que se vean estos rayos de luz tan espectaculares es necesario que la atmósfera esté cargada de gotas microscópicas de agua o de partículas de polvo. El mismo fenómeno se puede observar a veces en las ventanas, cuando entra luz en una habitación cerrada como en la que yo me encuentro en estos momentos.

Sonrío. La ropa de cama huele a Alex y a ese aroma en particular a disolvente que tanto lo identifica. Estiro un brazo a mi derecha, pero mi mano cae sobre el colchón vacío. Palpo varias veces la superficie con el mismo resultado.

Parpadeo, me reincorporo y me froto los ojos. Luego miro hacia el lado donde hasta hace dos horas Alex todavía estaba profundamente dormido.

Me quedo en silencio muy quieta y observo alrededor. Anoche todo fue demasiado rápido y ni siquiera pude ver mucho de la habitación. Apretujo contra mí el edredón y me levanto.

El dormitorio tiene forma rectangular, con un

armario empotrado enfrente de la cama, y solo está amueblado con lo justo para poder dormir. No obstante, las paredes ya han sido pintadas de un etéreo gris, rematadas en su parte inferior por un rodapié de madera blanco. Este tiene todo el aspecto de haber sido instalado recientemente, como ya me avisó Alex.

Justo en la esquina, junto a la ventana cubierta por una ligera cortina de color crema, hay una silla que parece haber sido colocada allí de manera provisional. Sobre ella descubro una camiseta de color blanco doblada con sumo cuidado. Encima alguien ha dejado una nota.

«Úsame.»

Con una sonrisa, extendiendo la camiseta y me la pongo. Esta me llega hasta las rodillas, pero es cómoda y de algodón. Debajo de la silla también hay unas bonitas zapatillas de color azul celeste. Sorprendida, descubro que me encajan perfectamente en los pies.

Salgo del dormitorio y en el pasillo me parece oír que a través de las paredes se filtra un sonido similar a las uñas de un gato rascando una puerta.

—¿Alex?

—En la habitación del fondo —grita—. Estoy pintando. En la cocina tienes algunos *muffins* de chocolate que he comprado, zumo de naranja de tetrabrik y café recién hecho. Siéntete libre de coger lo que quieras de la mesa y del frigorífico.

Tal como ha dicho, cuando entro en la cocina, veo en la mesa unos deliciosos *muffins* e incluso más: una caja de cereales Cheerios, beicon y huevos fritos, zumo de varias clases... Todo huele magníficamente.

Me sirvo un vaso de café con leche en una taza con la cita grabada «Nuestro mayor propósito en la vida es la sensación, sentir que existimos», de Lord Byron, que encuentro en uno de los armarios, y agarro un *muffin*. El delicioso chocolate se derrite en mi paladar y me hace la boca agua antes

de que haya podido tragar el primer mordisco. Lo termino poco a poco, y al mismo tiempo que lo como me siento cada vez mejor.

Tomo la taza y me embarco en la misión de saltar todos los obstáculos de cajas y herramientas diseminadas por el pasillo hasta llegar a la habitación que me ha indicado Alex. Por el camino me doy cuenta de que a excepción de la cocina y el dormitorio el resto sigue sin amueblar.

Entro en la habitación del fondo, y lo primero que veo son varias estanterías del mismo color agrupadas en el centro, cubiertas por un enorme plástico protector asegurado por cinta de carrocerero.

En el aire flota un olor intenso a disolvente, pero no me resulta desagradable.

—¿Alex? —pregunto.

—Detrás de las estanterías. Cuidado con meter el pie en el cubo —avisa.

Sorteo el cubo de plástico con agua sucia a la

izquierda, al cual debe haberse referido Alex, y me asomo.

Al instante, un repentino estremecimiento me recorre entera. Abro mucho los ojos. La boca se me seca por la carga de emociones que acusa todo mi cuerpo. Delante de mis propios ojos tengo un exuberante mural tan real que casi consigue engañar a mis sentidos. El paisaje de montaña que Alex está pintando en la pared está impregnado de vivos colores y me entra por los ojos como música visual, hasta tomar un lugar en mi interior donde se oculta el instinto más recóndito. Nunca en mi vida he visto tanta belleza reunida en un mismo espacio.

—¡Dios mío, Alex! —gimo—. Es precioso.

Me paseo alrededor como una abeja a un tarro de miel. Alex se da la vuelta, y me detengo de inmediato.

—¿Quieres pintar también un poco? —ofrece.

No sé si lo hace para que no le moleste, o si en serio quiere que yo lo intente, y descarto esta

segunda opción.

—No creo que sea buena idea, no quiero estropearlo, Alex.

—Te encargaré algo sencillo, confía en mí — me tranquiliza.

No muy segura, pero emocionada por esa aventura tan nueva para mí, tomo el pincel de Alex y él coloca mi taza de café en un lugar seguro.

—¿Ves esas dos líneas que parecen formar una "u" de victoria? Intenta repetir las un poco más arriba, donde empiezan las nubes.

—De acuerdo —digo como una alumna atenta. Mojo el pincel en el color que Alex me señala y trato de repetir la forma al mismo tiempo que inconscientemente me muerdo la punta de la lengua —. Alex... —empiezo a decir y me giro.

De forma inesperada un dedo manchado de pintura roja me dibuja una gruesa línea en la mejilla. Al principio me quedo en *shock*, pero no tardo en recuperarme al comprender lo que Alex

acaba de hacerme.

—¡Estás muerto! —grito y me abalanzo sobre él con el pincel. Alex gira alrededor de las estanterías y toma otro color. Él es mucho más fuerte y me veo obligada a salir corriendo para regresar con nuevos refuerzos. Suelto el cubo de pintura azul que he cogido del pasillo y meto las manos enteras en él.

—Vaya, vaya —se burla Alex.

—Prepárate, te voy a dejar la cara como Mel Gibson en *Braveheart*.

—Ya lo veremos, mi musa.

Le lanzo una mirada desafiante y él hace lo mismo. Un segundo después ambos pegamos nuestros cuerpos y escalamos por encima del otro para pintar lo primero que tenemos la oportunidad de alcanzar. Después de un rato, caemos abatidos en el suelo entre risas cansadas.

Alex me toma del mentón y gira mi cara primero a un lado y después al otro.

—¿Qué ocurre? —pregunto preocupada y con la respiración agitada por todo el ejercicio—. ¿Tengo la cara demasiado pintada?

—No —responde Alex y me contempla con una expresión de ternura—. Es solo que deseo esconderte en un lugar donde nadie más que yo pueda verte.

Los huesos parecen derretírseme en fuego líquido al escuchar aquellas palabras.

—Alex —murmuro.

—¿hm?

Levanto mi mano, todavía con restos de pintura azul, y la deslizo muy lento por su cara.

—Prepárate —amenaza Alex y se abalanza sobre mí. Sin embargo, en lugar de atacarme con sus dedos manchados lo hace con su boca.

Mis labios encuentran los de Alex en un beso largo y fluido, una simbiosis de calor por calor, de sabor por sabor.

Enterrada en la llamarada de sensaciones que

me sacude entera, agarro la parte de atrás de la camiseta de Alex y trato de quitársela, impaciente por sentir el contacto de su piel. Él me ayuda a ir mucho más rápido y me da la vuelta para liberarme de mi propia camiseta y el sujetador. Sus dedos hábiles hacen saltar los dos resortes en mi espalda y mis pechos escapan como parajillos de su jaula, listos para volar muy alto.

Siento el frescor del aire contra mi piel, que no tarda en ponerse de gallina.

—Deja que me gire, Alex, quiero tocarte también —baluceo. El concede mi deseo, pero solo a medias. Con una diabólica lentitud, toma uno de mis pezones en su boca, lo retiene entre sus dientes y hace que me retuerza entre olas de placer inmenso. Lentamente va recostándose en el suelo, sobre su propia camiseta—. Dios mío, Alex... —jadeo.

Cierro los ojos con fuerza a medida que él va recorriendo todo mi cuerpo, lanzando chispazos

eléctricos en cada parte sensible que descubre y que yo ignoraba de mí. Con una mano, noto como Alex se saca de un tirón los pantalones de chándal.

Él intenta hacer lo mismo con mi tanga, pero en medio de la pasión y la impaciencia oigo el sonido de la tela al desgarrarse.

—Mierda, lo he roto —jura entre culpable y excitado.

Suelto una risita sofocada.

—No importa, Alex. No pares —ordeno sin aliento.

—¿Estás segura?

—Muy segura —confirmo fuerte.

Alex inclina la cabeza entre mis muslo, y lame cada lado interno de mi pierna en una tierna caricia circular. De forma paulatina va acercándose al interior de mi uve adolorida por el deseo. Empiezo a suplicar cada vez más alterada y cuando por fin me toca en el centro de todo mi ser, una sensación indefinible y electrizante, similar al

alivio, inunda mi interior, pero todavía no hemos acabado. La lengua de Alex juega con el punto de mi deseo de tal modo que mi visión se emborrona por las lágrimas de placer. Antes de que me quiera dar cuenta estoy moviendo mis caderas de un modo instintivo y animal.

Todo aquello es demasiado para mí y, finalmente, una satisfacción húmeda irrumpe entre mis piernas y arremete en repetidos temblores mi cuerpo. Alex alza su cabeza y reemplaza su lengua por su entrepierna.

Un suave empujón llena todo mi ser. Alex comienza a moverse primero con suavidad y después más rápido. Mi piel empieza a vibrar de nuevo y nada me importa más que este íntimo momento que estamos compartiendo.

El sonido agudo de un teléfono irrumpe en el pletórico calor y me paraliza. Mientras, Alex continúa absorto en la mecánica sensualidad del momento. No ha percibido al igual que yo el ruid,

y sigue besándome y acariciándome. Empujo un poco a Alex y por fin sus ojos vuelven a enfocar.

—Están llamando —digo.

—Creo que es mi teléfono —comenta con la frente rizada por el esfuerzo.

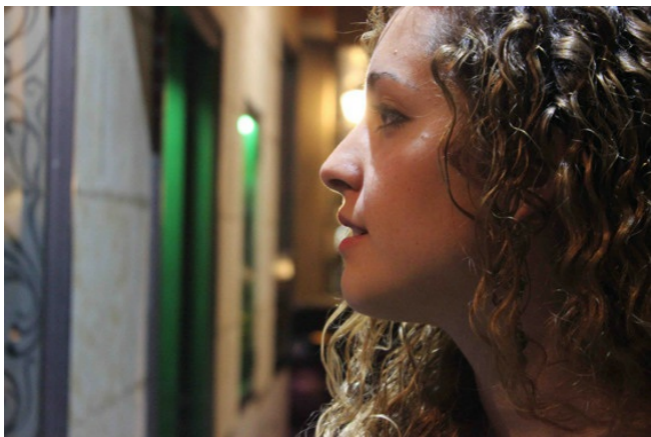
Alex se separa de mí, y sale del cuarto. Cuando al cabo de unos minutos vuelve, todo su rostro ha demudado en una expresión indescifrable.

—Beca, es tu hermano. Tu madre...

De inmediato, me levanto y tomo el teléfono de la mano de Alex. Las palabras de mi hermano hacen que me tiemblen las manos y se me doblen las rodillas. Alex me atrapa antes de que caiga al suelo.

Mi madre acaba de fallecer.





Natalie Convers responde en realidad al

seudónimo de escritora de una conocida bloguera de éxito en el panorama de la literatura juvenil romántica en España, también documentalista *freelance* para diversas editoriales y moderadora de eventos literarios. Nació en Valladolid, pero actualmente reside en Salamanca, donde se graduó en Información y Documentación y cursó su Máster en Sistemas de Información Digital. Cuando no está leyendo, navegando entre las redes sociales o escribiendo, le encanta disfrutar de un buen té en el columpio de su jardín, hacer deporte siempre que puede o ver los últimos estrenos televisivos de Corea, Japón y China. Su primera publicación fue una colaboración en 2010, *Diario de una adolescente del futuro*, pero *Mariposas en tu estómago* es su novela debut.

FACEBOOK

<https://www.facebook.com/natalieconvers/>

TWITTER

<https://twitter.com/NatalieConvers>

INSTAGRAM

<https://www.instagram.com/natalieconversjr/>

PINTEREST

<https://es.pinterest.com/natalieconvers/>

WEB

www.natalieconvers.com

Mariposas en tu estómago

Parte IX

Natalie Convers

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web

www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Mohamed Mekhamer / Shutterstock

© Natalie Convers, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2017

ISBN: 978-84-08-15582-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com